
SIMPLICIA ARMSTRONG DE RAMÚ

El espiritismo de las mujeres puertorriqueñas:
De las extraordinarias pioneras a sus herederas
contemporáneas

1908

Ramo de azucenas: Colección de artículos por Simplicia Amstrong de Ramú

Simplicia Armstrong de Ramú

Follow this and additional works at: https://digital.kenyon.edu/espiritismo_simpliciaarmstrong

Recommended Citation

Armstrong de Ramú, Simplicia, "Ramo de azucenas: Colección de artículos por Simplicia Amstrong de Ramú" (1908). *SIMPLICIA ARMSTRONG DE RAMÚ*. Paper 1.
https://digital.kenyon.edu/espiritismo_simpliciaarmstrong/1

This Book is brought to you for free and open access by the El espiritismo de las mujeres puertorriqueñas: De las extraordinarias pioneras a sus herederas contemporáneas at Digital Kenyon: Research, Scholarship, and Creative Exchange. It has been accepted for inclusion in SIMPLICIA ARMSTRONG DE RAMÚ by an authorized administrator of Digital Kenyon: Research, Scholarship, and Creative Exchange. For more information, please contact noltj@kenyon.edu.



BIBLIOTECA PUERTORRIQUEÑA.

RAMO DE AZUCENAS.

COLECCION DE ARTICULOS

POR

Simplicia Armstrong de Ramú.



MAYAGÜEZ, P. R.

Tipografía AURORA, calle McKinley, Número 13.

1908.

PR.

868

A 738 F

98387



A los que me lean.

Al reunir en este folleto algunas de mis producciones, que llamaré RAMO DE AZUCENAS, no es mi objeto atraer hacia ellas la mirada del mundo literario; no: ellas, cual las tímidas azucenas, llevarán su perfume á las almas sencillas, á aquellas que no entendiendo el lenguaje de los grandes génios, necesitan para despertar la sencillez del estilo.

Siento no poder regalar á mi patria una obra de luminosas páginas, en las que grandes y pequeños, sabios é ignorantes, hallasen y comprendiesen la bondad y la grandeza de los ideales que sustento; pero, pobre y poco ilustrada, ¿qué puedo hacer, sino ofrecer á mis hermanos, las mujeres, el fruto de mis deseos, indicándolas el camino que nos conducirá al cumplimiento de nuestros deberes y á la posesión de nuestros derechos?

A ti, *Amalia Domingo*, (*) que con la luz que de tu "Luz" emanaba, has iluminado mi cerebro y con tus elocuentes cartas me has hecho aprender que cada uno en su esfera puede ser útil á sus semejantes; y á ti, *Amalia*, mi querida hija adoptiva, que con tu sonrisa has dado alegría y esperanza á mi alma, dejándome entrever el cielo de la dicha en la inocente mirada de tus claros ojos, á vosotras dedico este *RAMO DE AZULEJAS*. Y si al fijar en él tus ojos, *Amalia*, al otro lado de los mares, tu alma envías á la mía una mirada de amor, y si mañana, al llegar á la primavera de tu vida, mi pequeña *Amalia*, te hicieses eco de las ideas que me animan templando en ellas tu alma para trabajar sin descanso para el engrandecimiento de la mujer, por el estudio, el amor y el trabajo, creería que la recompensa obtenida había superado á mi escaso mérito.

Simplicia Armstrong de Ramú.

Ponce, Enero de 1908.

(*) y Soler, Directora del periódico espiritista "La Luz del Porvenir", que por tantos años se publicó en Barcelona, redactado por mujeres de ideas espiritistas y libres pensadoras.

HONOR A QUIEN HONOR MERECE.

A FINEs de Diciembre próximo pasado, escribí á la señora *Agustina Guffain* viuda de *Doitau* en estos ó parecidos términos:

"*Agustina*, tu libro te honra, y al felicitarte me felicito", diciéndola á renglón seguido:

"Cuando fui á la Asamblea de *Arecibo*, concebí el pensamiento de imprimir en este año mi libro, (*) para en la próxima Asamblea que se ha de celebrar en *Guayama* darlo de regalo á las mujeres, vendiéndolo á los hombres; mas, esta idea me parecía imposible poder llevarla á la práctica y á nadie he hablado de ella; pero hoy que me siento mejor, estoy trabajando sin reposo para cumplir compromisos, para ganar y gas-

(*) Libro que fué anunciado ha nueve años y que no se publicó entonces por no convenirle á la autora.

tar, y no me parece imposible realizar aquel sueño. Y digo sueño, porque siempre pensé que, al recopilar un día algunas de mis composiciones formando con ellas un humilde RAMO DE AZÚCARAS, éstos tenían que llevar su perfume lo mismo á la buhardilla que al palacio, lo mismo al lupanar que al gran círculo.

Ayúdame, amiga mía, pues sola no haré nada.

Habla con Sasport; necesito vuestra ayuda no pecuniaria, mas si material, pues no puedo consagrar mucho tiempo á ese trabajo á causa de mi delicada salud y mis muchas ocupaciones.

Ademas, algunos de estos trabajos tienen palabras cambiadas por los periodistas, sin duda por no haber entendido lo que he querido decir al escribir, y como aunque no soy literata tengo mi estilo propio, quiero que aparezca lo que he pensado y escrito.

A vuelta de correo recibí cartas del señor Sasport y de la señora Guffain, poniéndose incondicionalmente á nuestras órdenes y con tanto afecto, que su buena influencia ha dado forma tangible á mi pensamiento.

No he podido dejar de hacer constar aquí su noble proceder y enviar á ambos la expresión de mi sincero afecto.

LA AUTORA



¡ LOOR AL LIBRE-PENSAMIENTO !

CUÁN bella, qué hermosa es la libertad de pensar!

Para demostrar la grandeza de esa preciosa facultad que posee el espíritu, no hay palabras en el idioma humano, ni notas en nuestra armonía.

No sentir sobre nuestro cerebro ni sobre nuestra conciencia esa cruel imposición con que muchas escuelas inculcan sus doctrinas; dejar volar nuestro pensamiento por los incommensurables espacios, ora remontándose al caos de los orígenes, buscando la luz y la armonía en esos grandes focos de vida, ante los cuales el ser humano se siente tan pequeño, tan pequeño... que apenas se percibe á sí mismo; hundiéndose en

los abismos del dolor entre las especies inferiores, ora buscando la vitalidad en la planta, en el infusorio, etc., ó estudiando las transformaciones, en las diferentes etapas en que nos las presenta nuestro planeta, esto es, en los tres reinos: mineral, vegetal y animal; en una palabra, ser nuestras ideas más libres que el ave, y poder volar con más celeridad que aquella. ¡He aquí lo que significa la hermosa Libertad del Pensamiento!

¡Loor al siglo XIX! que ha erigido templos á tan bello ideal!

¡Loor á los hombres que, como Kardec, Victor Hugo, León Tolstoy, Flammarión y otros, han trabajado sin descanso para libertar al hombre de la esclavitud moral que ha sufrido desde épocas tan atrasadas, más afrentosa que la esclavitud del siervo negro, y más cruel que las cadenas que sujetan al pobre presidiario.

Digo así, porque ni al esclavo negro, ni al presidiario ha tiranizado la esclavitud material, como lo ha hecho con el hombre la esclavitud moral de que ha sido víctima.

Por esto, hoy, al poder emitir nuestras ideas con libertad, vemos á muchos hombres levantarse como el que despierta de un pesado sueño; mas, apenas se dan cuenta de la realidad, extienden sus brazos á fin de unirse en un solo é indivisible círculo, todos los que luchan porque

brille en todo su esplendor la Libertad del Pensamiento.

Nosotros, pigmeos del infinito, nota perdida en la armonía universal, al considerar que militamos en las filas de tan gran ideal, al pensar que en cada rincón del mundo hay hombres y mujeres que recogen el rayo de luz que brota de mi cerebro, por débil que sea su reflejo, y que á la vez me envuelven en el resplandor que emana del suyo, nos creemos grandes, nos consideramos fuertes y pensamos: *que si las más crueles vicisitudes viniesen sobre nosotros, al recordar que nadie, nadie podría arrebatarnos la libertad de conciencia y de pensamiento, nos creeríamos que aun había dicha para nosotros en la tierra.*

Sin esta facultad preciosa, ¿qué es el hombre? Juguete de bastardas pasiones, instrumento ciego que, manejado al antojo de perversos seres, sólo lava puede esparcir en los senderos de su vida.

¡Bendita seas, Libertad de Pensar! Tú trajiste á mi alma la tranquilidad que nunca disfruté, desde que supe formular mis ideas, y digo desde entonces porque desde mi más temprana edad mi razón se sublevaba contra muchas máximas y costumbres que mi buena madre trataba de inculcar en mi tierno cerebro.

Yo recuerdo perfectamente las luchas que

sostenía conmigo misma al pensar que si desobedecía á mi madre faltaba á la Ley de Dios, y considerar á la vez, que aquello que debía hacer era precisamente lo que mi razón rechazaba.

Recuerdo aún como se exasperaba mi buena madre ante mi manera de pensar en cuestiones sociales y religiosa, por lo cual mis conocidos decían que yo había heredado de mi padre, que era inglés, el carácter excéntrico, á lo cual mi madre añadía que también había heredado sus ideas religiosas, pues él era protestante; mas, unas y otras suposiciones, considero yo hoy, que eran infundadas, pues mi padre dejó de existir cuando yo sólo contaba cinco años, y sólo en la sabia Filosofía Espirita, he podido hallar el por qué era yo libre pensadora en edad tan temprana, siendo educada por una madre tan católica.

¡Bendita seas, Libertad de Pensar!

Tú avivaste en mí el deseo de investigar para poder satisfacer las preguntas que yo dirigía á los encargados de mi educación, y á las cuales sólo contestaban con frases que aumentaban mis dudas.

Tú, más tarde, cuando perdí á mi madre, cuando aún no contaba catorce años y encontréme sola como pocas, pues mis ideas me separaban de la generalidad de mis compañeras; me

diste fuerza para luchar sin rendirme jamás ante principios que rechazaba mi razón, y después, después de larga lucha, tu me condujiste á buscar en la filosofía de Kardec, la fé que faltaba á mi alma.

Y bebí en sus salúteras aguas, y recogí sus enseñanzas, como el sediento que se siente morir, y cuando hube leído y vuelto á leer sus luminosas páginas, la transformación fué tan grande, que en un solo momento me reconcilé con la sociedad, y escribí en mi conciencia mi credo con caracteres indelebles.

El sentimiento religioso, casi dormido en mi corazón, se despertó, y amé á Dios: no al Dios que me habían pintado en mi infancia, sino al Ser Grande y Sabio, de quien el ilustre Kardec nos habla en sus obras. Y le adoré; mas, no en las iglesias, al lado de las cuales siempre he pasado sin detenerme, más que para observarlas. Le adoré en su Creación, en su Obra, en la cual hay cada vez para el hombre nuevas maravillas.

Y me reconcilé con la sociedad, como antes dije, mas no para marchar por sus mismos senderos, no: lo hice para aprender en ella, y á la vez me propuse esparcir en sus círculos la nueva luz que iluminaba mi cerebro.

Desde entonces, todas mis horas desocupa-

das las consagré al estudio, y mi corazón latió al dulce sentimiento del amor. Y amé á la humanidad, y arranqué de mi alma los odios que hubiesen podido tener en ella cabida. Y cuando en mis horas de recogimiento, en la callada noche, rodeada de escritos de diversos autores, contemplaba mi pasado y adelantaba mi mirada al porvenir, mas te bendecía, ¡oh dulce y bienhechora Libertad de Pensar! Porque sin tí, jamás hubiera disfrutado ni una hora de la dicha que he gozado en mi vida.

Todo el bien que yo haya podido esparcir en esta encarnación de mi espíritu; el dulce sentimiento de amor conyugal que mantiene en mi hogar inextinguibles los lazos de unión; los conocimientos con que se ha robustecido mi alma, todo, todo lo debo á tí; ¡oh hermosa facultad del espíritu! Por esto repito: *si las más grandes vicisitudes viniesen sobre nosotros, aún nos creeríamos dichosos al pensar, que nadie, nadie podría arrancarnos la libertad de conciencia y de pensamiento.*

Si tuviésemos bastante talento y elocuencia para dar forma á las ideas que bullen en nuestro cerebro, seríamos incansables en predicar las doctrinas que profesamos convencidos, como estamos, que sólo ellas levantarán á la mujer del abismo de la ignorancia, y que sin ésta, sólo á medias progress la humanidad; mas, careciendo

de dotes para hacernos entender como desearíamos, nos contentamos con trabajar todo cuanto podamos, á fin de despertar á nuestras hermanas del peligroso sueño en que yacen.

A muchas, muchas de entre vosotras, solo os falta deseo, amadas compañeras.

No desoigais la voz de la mujer que os llama á trabajar por y para la mujer misma, y tengamos presente, muy presente, que para engrandecernos, que para ser dignas compañeras del hombre civilizado, tenemos que llevarnos por nuestros propios esfuerzos, tenemos que de deber nuestro progreso á nosotras mismas.

1889.





Sed de infinito

Ser pensador y no sentir sed de infinito, es imposible, así como no hay genio verdadero cuando no se sumerge el alma en lo desconocido, cuando no se siente arrebatada por ese remolino de lo eterno que conduce al hombre a escalar la cúspide, a llegar á la cima de todas las grandezas.

Escalar la cúspide, subir donde la vista del hombre casi no alcanza, esa es la misión de los profetas, de los apóstoles, en una palabra, de los genios y en ellos la sed de infinito es tan grande, tan grande... que semejándose al Ser Supremo, necesitan crear y más crear y para alimentar sus creaciones suben y suben, y bajan á los abismos de lo desconocido, pasando á veces de lo sublime

18.

SED DE INFINITO.

á lo ridículo, por lo cual tantos han merecido el calificativo de locos, sin que tal epíteto haya oscurecido su mérito ni apagado la autorchá de su cerebro, cuya viva luz hiere á veces á los ciegos haciéndoles renegar, pero cuyo reflejo más temprano ó más tarde, ilumina siempre á la humana conciencia.

¡Sed de infinito! no se puede ser librepensador sin sentirla: por eso los hombres de talento que atendiendo sólo á las exterioridades han puesto trabas á su pensamiento, cortando así las alas á su espíritu, nunca han pasado de las medianías, y sus producciones, si han sido admiradas por unos pocos que, esclavos del modismo no osan alzar la vista más allá del círculo que les ha trazado, han concluido y concluirán siempre por ser olvidadas por completo.

Y este olvido ¿qué viene á probar? Pues prueba, de modo que no deja lugar á duda, que todos los hombres sea cual fuere su escuela, llega un momento en que sienten necesidad de ir más allá, y que ésta á veces produce en el yo pensante revoluciones tan grandes que hacen al hombre romper los antiguos moldes y desviarse del rutinarismo, pese á quien pese y suceda lo que suceda en el orden material.

Por eso, esas convulsiones que agitan á veces á los pueblos sin que poder humano baste á con-

tenerlos; por eso, esas luchas de las ideas que no han podido paralizar las religiones por más esfuerzos que han hecho, y por eso, la idea espírita, que es la que más libre deja al alma, la que sin trabas ni privilegios guía al hombre hacia lo desconocido que es el Ser Increado, ha tenido y tendrá cada vez mejor acogida en todos los círculos, en todos los centros donde se estudia, donde se trabaja, sean sus miembros adeptos de esta ó aquella escuela, discípulos de cualquiera religión.

Y no ha podido suceder de otro modo: porque el Espiritismo no es una religión ni una ciencia determinada; nó: él es la chispa que arde en el cerebro del génio, el amor que inflama el corazón del redentor, la fuerza motriz que da vida á los mundos; la fuerza de atracción que enlaza los átomos y los espíritus, formando de lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño, un todo ante el cual el alma del hombre asombrada, lejos de humillarse se eleva, buscando la causa, estudiando los detalles y formando así parte activa de ese todo universal.

Ese es "El Espiritismo". Sin ser una religión nos hace religiosos; sin ser una ciencia nos lleva en busca de las ciencias.

El es, permitidme la figura, el alma de lo creado buscando á su Creador.

Buscad, escudriñad, y encontrareis en todas las producciones de los grandes hombres, sean obras de arte, sean pensamientos escritos, chispas que no son otra cosa sino la idea espírita; esto es el convencimiento de la eternidad de la vida y de la comunicación de las almas encarnadas y desencarnadas, idea que ha existido siempre, desde que existe cuanto existe.

He ahí justificado que el Espiritismo es "el alma de lo creado".

El Espiritismo, en resumen, no enseña nada nuevo: lo que hace es mostrar á nuestros ojos los espacios que las religiones nos prohibían querer siquiera vislumbrar y que la ciencia nos monopolizaba diciéndonos: "No paseis de ahí que aquí sólo llegan los predestinados".

El Espiritismo dice á la humanidad:

Trabaja, ama y estudia, que por todos los caminos se va hacia Dios.

He ahí por qué todos los que sienten sed de infinito abrazan el Espiritismo, y por qué todos los librepensadores engrosan nuestras filas, y por qué el que siente el Espiritismo no puede poner trabas á su pensamiento.

Vivir, amar y trabajar eternamente, dice el Espiritismo; y esto mismo han dicho ó dejado entrever cuantos han escalado la cúspide, cuan-

tos han bebido en la fuente universal, é indudablemente, esa creencia es y será siempre, foco de luz.





¿Qué viene á hacer el Espiritismo?

VIENE, á educar el sentimiento viciado por el oleage del positivismo; á revivir la esperanza, casi muerta en el corazón de las muchedumbres, esclavos de cuantos tiranos que por sorpresa se han apoderado de su voluntad y de su pensamiento; viene, á enseñar al oprimido, que con el estudio se moraliza el hombre, y que moralizándose conoce sus derechos, los cuales defiende con fé toda vez que espera en la *justicia divina*; viene, á dar nuevo impulso á la humanidad para que cumpla sus deberes que no se limitan al círculo donde el hombre vive, sino que son tanto más grandes, cuanto más viva sea la luz que alumbre su cerebro.

Viene, á enseñar á los que tienen hambre,

que no sólo de pan vive el hombre, y sus palabras "más allá de la tumba se vive, y se lucha y se ama" dichas lo mismo al pobre que al rico, al ignorante que al sabio, son á la vez, promesa que fortifica al alma sedienta de amor y de justicia, y castigo para los que, engreídos con sus tesoros, han creído que con ellos sólo tienen para la eternidad.

El Espiritismo viene, á humanizar al tirano, á redimir al réprobo, á probar á los hombres, que sea cual fuere su origen, todos venimos de un mismo principio y caminamos á un solo fin, y que por tanto, nuestras porfías sólo sirven para apartarnos de eso sin nombre que anhelamos á todas horas, y que nosotros creemos sea, la felicidad.

En una palabra, el Espiritismo ha venido á ser en nuestros días, *rueda matriz del progreso.*



La mujer.

MUCHO se ha hablado con respecto á la mujer. Casi todos los escritores antiguos y modernos la han dedicado algunas páginas, y sin embargo, aun en la época que atravesamos son muchas y variadas las opiniones que existen, tocante á lo que es este ser, tan popular y tan desconocido.

Muchos la creen dotada de un corazón bondadoso, de una imaginación despejada y en su conjunto apta para todo lo bueno; otros por el contrario, hacen de ella la imagen de un demonio tentador adornado con los colores del artificio para poder mejor aprisionar en sus redes el corazón del hombre, formando de él un juguete amoldado á sus caprichos; y de tal modo llegó á

creerse esta hipótesis, que las pobres mujeres hemos llegado hasta carecer de alma según el concepto de algunos hombres.

¡Pobre humanidad!

¿Quién que haya tenido una madre cariñosa, que haya velado su infancia adivinando sus primeras palabras, anticipándose á sus más frívolos pensamientos, puede dejar de amar á la mujer?

¿Cuál será el ser que habiendo encontrado en su camino una mujer que con su bondad endulzó las horas más amargas de su existencia, puede negar la habitabilidad del alma en la mujer?

Cierto que en nuestro globo se ven á veces mujeres desprovistas de las dotes que las son naturales, reemplazadas estas por la desmoralidad más desenfundada; mas ¿á qué se debe esto? al olvido en que se la ha tenido sumida por tanto tiempo, á lo descuidada que se ha tenido su educación, queriendo destituir la de este modo de los bellos sentimientos que la son innatos, y pretendiendo hacer de ella un mueble de puro lujo edificado al capricho de su dueño.

Hombres: ¡cuán injustos sois con la mujer! Sembráis en su corazón la semilla de la maldad y os asustáis á la sola idea de recoger sus frutos.

Mas como todo en el Orbe camina á la perfección, como la luz brillante del progreso hiere


con sus rayos hasta las imaginaciones más dormidas; he aquí que ha llegado la hora en que la mujer despierte del terrible letargo en que ha estado sumida tantos siglos: y al girar la mirada por el espacio, ha sentido la necesidad de saber el por qué de las cosas que la rodean y he ahí que el mismo estado en que se encuentra, reclama la educación, pues de lo contrario se la verá caminar de abismo en abismo.

No cabe duda que la mujer ha venido á la tierra á desempeñar una gran misión; mas en el estado de ignorancia en que permanece aún la mayoría, sólo abrojos producirá á la sociedad.

Eduquesela, pues, caiga de sus ojos el velo de fanatismo y así verá claro el ancho campo que le presenta la ciencia, para que acogida á ésta aprenda á desempeñar su misión, y pueda llegar á ser digna compañera del hombre en nuestros días.

Humacao, 1880.





Algo más sobre la mujer.

Al volver á tratar en estas líneas sobre la mujer, es sólo con la idea de delinear, aunque á grandes rasgos, la diferencia que existe entre la educación científica y la educación moral, y lo útil y necesaria que es esta última para el alma sensible de la mujer.

La mujer es por naturaleza débil é impresionable. Su imaginación es un foco de ideas, que sólo la educación moral puede dirigir, de modo que lleguen á un fin útil y laudable.

La ciencia más pura para el corazón de una niña, que empieza á ser mujer, es la que se enseña en el hogar doméstico, y su maestra mejor, la madre juiciosa y activa que, como tal, será incansable en inculcar en su tierno corazón la se-

milla de la virtud, que necesario es sembrar temprano para obtener algún día sus frutos.

Por muy educada, por buena que sea la mujer, nunca sabrá llenar sus deberes de madre y esposa, si en el fondo de su alma no conserva esas máximas de sana moral, que son el sostén de una existencia casi siempre sembrada de abrojos.

¿Dónde buscará la tierna esposa una palabra de consuelo para su compañero, cuando esté ya cansado del falso brillo que le ha deslumbra-do y tras el cual se ha arrastrado buscando la felicidad, siempre ambicionada, y hallando sólo el vacío?

¿Dónde buscará la madre amorosa esa dulce filosofía que hace conocer al inocente niño la existencia del Ser, principio de todo lo creado, el por qué de las diferentes materias que á su vista se presentan cuando los años han descori-do el velo de la infancia? Sólo en la moral es donde halla la mujer la solución á esos diversos problemas.

La ciencia instruye para conocer las mil y mil sustancias de que estamos rodeados; mas esa misma ciencia, hace nacer en el alma la con-fusión, si no está cimentada en un principio moral.

Cuidese, pues, de instruir á la mujer, moral

y científicamente y no como se acostumbra en nuestros días, en los cuales se descuida tanto la moralidad, y en que el fanatismo más estúpido guía todavía á muchas familias.

Basta ya de creencias absurdas, de ideas es-tacionarias: queremos luz; pero queremos que los destellos que lleguen á nosotros sean pasados por el tamiz de la razón.

Este es nuestro deseo invariable. No nos cansaremos de proclamarlo, pues nos impulsa el derecho y el deber.

1880, Humacao.





Educar el valor moral.

Hay ahí una ciencia que no se enseña generalmente en la escuela!

Tan necesario es educar el valor moral en el niño, que el que carece de él, casi nunca sube más arriba del puesto rutinario que le marcó la disciplina escolar.

Si padres y profesores comprendieran cómo el valor moral impulsa al niño, se abrirían cursos en el hogar y en las escuelas sólo para cultivar este ramo.

Os citaré un ejemplo.

Hace ya más de treinta años, un día una mujer joven y no desairada, vestida de luto, atravesaba el umbral de una escuela llevando de la

mano á una niña pálida de cabellos y ojos castaños oscuros, casi negros.

Aquella niña de constitución delicadísima y que apenas tenía diez años, era tan tímida y asustadiza, quizá á causa de su pobre salud, (*) que un grito, el rodar de una silla, el correr de un chiquillo eran bastante para cubrirse su rostro de palidez mortal y quedar como petrificada.

Su madre, mujer ágil cuanto robusta, se desesperaba al ver estos cambios bruscos en su pequeña y amenudo decía lo que pensaba; que aquella criatura en el mundo para nada serviría y que sin un firme apoyo sería una desgraciada.

Siguió sus estudios la niña, ya empezados en el hogar doméstico, mas su profesora temía continuamente por su salud, pues estaba de interna por habitar su madre en otra localidad.

El profesor que regía aquel plantel de enseñanza, hombre de carácter entero, observándola la hacía estudiar duro y al parecer sin fijarse en su estado. La pequeña respondía á los deseos del maestro y los dos profesores discutían, pues la maestra prodigaba á la niña cuidados de madre y fue una protectora suya mientras vivió.

¡Honor á su memoria! Su nombre fué Srta. Concepción A. Gidea; y su Colegio, que llevó su nombre, formó en Huamaco á muchas jóvenes.

(*) Acababa de pasar el tifo.

Un día después de las clases el profesor llamó á la niña y la dijo: Ud. es huérfana; no puede recordar á su padre, pero yo le conocí, y los de su familia se distinguen porque se levantan por su propio esfuerzo, Ud. será lo mismo, su apellido significa *brazo fuerte* y apoyada en él, Ud. será digna de los suyos.

Aquel hombre enérgico como que hipnotizó á la criatura, pues siendo tan débil fué tan fuerte para el estudio como para cualquier faena, cual otra niña robusta.

Aquel digno profesor fué, don Ramón Timogero, aquella niña es la que hoy escribe estas líneas.

Aun en los casos mas graves de mi vida he recordado las frases de mi profesor, que varias veces he repetido, ora en broma ya en serio; y es lo cierto que en el mundo, mi *brazo fuerte* ha sido mi sostén visible, esto es, mi yo ha sido mi principal impulsor y el único responsable de mis actos, y eso que mi vida ha sido un combate continuado, ya conmigo misma, ya con la rutina y últimamente con una enfermedad de cerca de cuatro años.

Muchas veces mi valor se ha puesto á prueba como en la muerte de mi madre: contaba trece años cumplidos y velé sus últimas horas junto á su lecho y cubrí su cuerpo con las ropas que

ella me había indicado y acaté todas sus órdenes, ahogándome el dolor y sin rendirme, llenando hasta lo último mi deber.

Otras veces en el mundo; y conste que si esto escribo es para poner de relieve como cambió mi modo de ser por la voluntad de mi maestro y lo útil que es educar en el niño el valor; sin la sombra de mi madre ni la de mi profesora que la siguió á la tumba (ambas sucumbieron en la epidemia variolosa) teniendo que ser madre de familia pues me quedó un hermanito de nueve años, luchando por la vida y estudiando sin querer ir á extraño hogar á buscar protección, el mío se sostuvo, hasta que la niña se convirtió en señorita y continuó en la tierra la expiación que Dios sin duda le permitió escoger en el espacio.

Si algo soy moralmente considerada, aquellas palabras mágicas de mi profesor fueron el origen, el cimiento, pues mi madre temía que para nada sirviera por mi falta de vitalidad.

A vosotros maestros, á vosotros educadores de la infancia, llamo la atención en estas líneas. Enseñad á vuestros educandos á estimarse á sí mismos y particularmente á las niñas: en mi país se hace crecer á la niña pensando que sólo ha de servir para adorno, que manos que trabajan no son manos de noble dama, y de ahí mil males

que sólo puede encansar una moral cuanto ilustrada dirección.

La mujer no está llamada á ser en el mundo mueble de lujo y si de esto se compenetra ella desde sus primeros años, aprende á estimarse, toma amor al estudio y al trabajo, y su afán será ser útil en el hogar como en la escuela, en la escuela como en el mundo.

Jamás hagais aparecer la niña como débil por su sexo para cualquier labor, no amados profesores; de ahí la principal causa del menosprecio de los varones por sus compañeras y de la debilidad de que las hembras alardean á veces, cual si fuese un bonito adorno la debilidad femenina, cuando realmente es impertinente y ridículo.

No hay que confundir la natural timidez del sexo femenino con el refinamiento de la época, no amados lectores; la timidez es el natural adorno que la niña modesta, la que no sabe aún, que es candidata á gran señora, lleva en la frente como bautismo del Hacedor. Pero la debilidad femenina, es tan ridícula como falsa: nadie como la mujer para soportar el dolor físico y moral y nadie como ella para arrastrar los peligros con valor.

No necesito citaros casos; buscad la mujer, no en el salón sino en la vida práctica; el mundo

está lleno de heroínas, que no sueñan por lo mismo que lo son, y en cuanto á que el trabajo ruído embrutece ó quita el mérito, podría citaros mil casos de damas que surciendo ropa usada, han combinado la dirección de reinos, como Isabel la Católica y de otras de plebeya estirpe, que atendiendo á las faenas más rudas en el hogar ó trabajando en el taller con sus esposos, han hilvanado muchos artículos de propaganda moral y educativa.

De poco vale el valor físico si falta el moral, mientras que un organismo tan débil como el de un niño, puede salvar á la multitud de cualquier peligro teniendo la presencia de ánimo que da el convencimiento de que se puede siempre, cuando se quiere el bien, pues la fe transporta las montañas y Jesús lo dijo, "Pedid y se os dará".

Nada levanta el valor moral como la fe espiritual, nada es más consolador al que pide y al que espera que saber que manos invisibles nos dan los dones que ganamos con nuestro propio esfuerzo para hacer el bien, y así el hombre de fe, no mide sus fuerzas ante el peligro, va recto al cumplimiento de su deber.

Fe espírita, luz que das vida, que tus rayos se extiendan por la tierra para que la aurora de un día sin nubes brille para la doliente humanidad!

Nada hay que preste tantas fuerzas á la mujer para caminar por el piélago inmenso de la vida como el valor educado y cuando se posee, jamás la mujer está temiendo encontrar en su camino obstáculos que la hagan caer, jamás; ella siempre pensará escudada por él, que no se debe caer moralmente, que el día de hoy la ha de prestar aliento para mañana y así hasta la eternidad. ¡Caer! ¡Cuán fácil creen algunos que es hacer caer una valerosa mujer á un carácter bien moldeado! ¡Cuán equivocados están! No hay situación, ni temperamento, ni circunstancias, que hagan rodar por el fango á una mujer basada en cimientos como los que alza el valor bien educado, la moral bien entendida, y la instrucción bien consolidada; por tanto, hombres, recordad el pensamiento del gran Castelar "educad á la mujer y tendreis hombres"; mujeres no dudeis jamás de lo que mañana sereis: sed buenas y pensad y creed, que mañana habeis de ser mejores.

Por nuestra parte tenemos la convicción íntima y aprovechamos esta oportunidad para responder á los que en muchas ocasiones preguntan y como que dudan de lo que podamos ser; que hemos sido somos y seremos hasta lo infinito, libres en nuestro modo de pensar y sentir, é incausables en el trabajo del mejoramiento de nues-

tro yo, por cuya razón, jamás nos hemos encerrado ni nos encerraremos en círculo alguno que religión ó escuela filosófica abra á nuestra vista; jamás hemos escrito una línea que desdiga de nuestros principios y nos anime el convencimiento íntimo de que, moriremos como hemos vivido; con la aspiración santa de tener alas para subir á las alturas inconocibles aun!



CARIDAD.

Amar; sentir el corazón inflamado con ese fuego sacro que da vida á cuanto toca; poder á imitación de la Divinidad decir: "hágase la luz," y hacer, por la fe de nuestras convicciones, por el sentimiento que nos envuelve, cual otro periespíritu, que la luz brote en las tinieblas de algún cerebro, que la chispa del amor prenda en el vacío de algún corazón; ¡he aquí una dicha sólo conocida por aquellos que, derramando de su ser á torrentes el sentimiento, parecen vivir más por la vida que dan á los demás, que por la propia existencia.

¡Poder saborear el fruto cuando se ha sido jardinero celoso, ver la flor espléndida y lozana

cuando se ha cuidado con propia mano la delicada planta; he ahí un goce que no conocen, que no pueden conocer, los que, teniendo terrenos propios para el cultivo, confían al sirviente el cuidado de su sembrado, y sólo vienen al jardín atraídos por la fragancia de la flor ó la hermosura del fruto; pero, ¿es comparable este placer, al que experimenta el cuidadoso jardinero, ni sería jardinero cuidadoso el que no sintiese amor á la naturaleza, el que no se sintiese poseído de ese celo paternal que al parecer hace crecer y fructificar la planta, sólo al contacto de nuestra mano, sólo al soplo de nuestro aliento?

No: porque el amor sólo puede, con fluido magnético, influir en los derroteros de otras almas, cuando en la nuestra rebosa el sentimiento cual en el magnetizador el fluido, y sólo poseído de esa benéfica influencia, es que puede el hombre, con fe y voluntad inquebrantables decir á los demás: *quiero que camineis adelante, y que aquellos, obedeciendo casi inconscientes, cual si sobre ellos afluieran corrientes magnéticas, caminen.*

¡El amor! ¡fuente inagotable de todos los bienes y cuyo resultado es la caridad!

Sin aquél ésta no existe, pues caridad sin amor, caridad sin alma, es una farsa que tarde ó temprano concluye, y de ahí que, edificios que

dicen ser levantados por la caridad, se derrumban al menor soplo del vendabal.

¡Caridad! tú pareces haber escogido á la mujer como tu mensajera, y hasta pareces más bella cuando apareces personificada en ella.

Ser mujer y no ser caritativa, serlo y no sentir el alma impresionada por todo lo que trasciende á la Grandeza Divina, parece así, como un contrasentido.

Y, ¿dónde, donde el campo donde con propiedad es la mujer utilísima, siendo celosa jardinera? ¿Dónde?

En el hogar doméstico... ¡allí, allí es el sitio en que falta quien de continuo atienda á esas pequeñas plantaciones, los niños, que son las flores del porvenir!

En nuestro país en que todo lo que no hay, en donde todo lo que falta, se espera de las futuras generaciones; es aquí, más que en parte alguna, donde necesitamos celosas jardineras.

Es aquí, en esta sociedad, en que las pequeñas de la vida han llegado á ocupar los sitios que el hombre culto deja siempre para las empresas grandes, donde necesitamos que el sentimiento domine, para que resurja el amor fraterno; ese amor "que, aunando los seres cual en lazo de parentesco, da vida á esas grandes asociaciones que son la base de la familia".

La familia: es en ella, en su seno donde los grandes aparecen pequeños y donde muchos, al parecer pequeños, son verdaderamente grandes. Y ¿cómo si no somos caritativos de corazón, si no hemos cultivado el sentimiento, podremos ser capaces en el seno del hogar, para alzarnos por encima de las miseria de la prosa de la vida, y derramar de nuestra alma, amor fe y esperanza, y perdonar *setenta veces siete*?

¿Cómo, si no somos caritativos de corazón, podremos desempeñar en el seno del hogar el papel de la caridad, que nunca confía la mujer a nadie, cuando en realidad siente los lazos de la familia?

Las sociedades benéficas, los Centros Docentes, son una necesidad que los pueblos civilizados acuden a cubrir, pero, éstos y aquéllas, como todas las virtudes cívicas, se ensayan en el hogar y toman vida en la familia.

¡Hombres públicos de mi país! cimentad el hogar si quereis tener patria; que en él y sólo en él, se ensayan los grandes hombres y se forman los grandes caracteres; lo demás que se diga, todo es vanidad de vanidades.

Ponce, Noviembre de 1902.



La obra de Kardec.

CUANDO la humanidad en su paso de avance sobre el planeta, engreída con los descubrimientos que hombres pensadores hacían día por día de los secretos de la Naturaleza, figurábase en su orgullo poder prescindir de su Creador, y se proclamaba con énfasis materialista, burlándose de aquellos pensadores que demostraban en sus obras el sentimiento espiritualista que los animaba; cuando con más zafia arrojaba á la faz de aquellos filósofos el epíteto de románticos, cerrando los oídos á toda insinuación que se relacionase con el mundo invisible; cuando ya parecía que las palabras de Jesús, "hay muchas moradas en la casa de mi padre" se habían olvidado por completo, y los que no contentos sólo

con los placeres de este mundo, perdíanse en busca de una esperanza positiva, que les sirviera de brújula en el piélago inmenso que el vacío presentado á sus ojos por los materialistas había formado á su derredor; cuando la duda invadía los espíritus al parecer mejor templados y las Doctrinas del Salvador se abandonaban por completo, á la vista de sus falsos representantes, sale á la escena un hombre, un pensador, un filósofo, cuyo mayor título fué, el que otro hombre no menos grande que él le ha dado "la encarnación del sentido común," y este hombre era, "Allan Kardec".

La labor de Kardec en el último siglo, como la de Jesús en su época, es inimitable.

Kardec, de pie en el gran escenario del mundo, sin temor á la burla de éste, con una convicción absoluta de sus principios, y con la seguridad de llegar al fin que se proponía, que no era otro que el de traer á los hombres al sendero que habían perdido, único que conduce al Creador, trabajó uno y otro día, legándonos en breve tiempo de asiduo trabajo, la Filosofía Espirita; obra colosal, para la cual, otros filósofos hubieran necesitado larguísimo años de desvelos y trabajos.

El indiferentismo que envolvía á la humanidad, se ha roto al benéfico calor de sus saluda-

bles doctrinas, y los hombres al parecer más engreídos con su ciencia, como los sencillos de corazón, han desfilado ante el nuevo mundo que se ha manifestado á nuestra vista espiritual.

¡Looor á Kardec! Su obra se agiganta cuando á mayor distancia estamos de su principio, y las nuevas generaciones que van recibiendo el bautismo de fuego en el Jordán de su filosofía, enlazan el nombre de Jesús al de Kardec, entonando himnos á los que, mostrándonos el mundo espiritual y descorriéndonos el velo que de él nos separaba, que no era otro que el de nuestra ignorancia, nos han hecho conocer la felicidad, única que verdaderamente existe: la vida eterna y el amor universal.

Mayo, de 1905.





EL MISTICISMO Y LA MEDIUMNIDAD.

CREEER que se pueda tener lucidez en cualquier mediumnidad sin que la persona que la posee sepa ó pueda abstraerse aún en medio del bullicio para buscar lejos á veces de nuestra atmósfera, los componentes para dar forma á los pensamientos ó imágenes que sirven de comunicación entre el mundo visible y el invisible, es el mayor absurdo. Yo creo que las personas morales son las llamadas á atraer dulces comunicaciones, pero creo que los fenómenos que el mundo espera de los médiums espiritistas, no están llamados á producirlos médiums pasivos, que casi obran inconscientemente.

Por ésto los médiums deben ser iniciados en la ciencia del espacio, en la vida del infinito,

y las personas que eniden de su desarrollo, deben en mi concepto, en vez de enseñarles fórmulas inútiles muchas veces, encaminarlos de modo que sean sensibles á las vibraciones del espacio, como el instrumento á la mano del artista, lo que se consigue en mi concepto, espiritualizando al médium, permitidme la expresión, enseñándolo, ó mejor dicho, ayudándole á distinguir la sana moral de la moral acomodaticia.

Levantar el espíritu cuando no se tiene la costumbre de hacerlo, es al parecer obra gigante, pero cuando se va acostumbrando el individuo á servirse de lo terreno como el caminante que va á descubrir nuevas tierras, entonces, hay facilidad para mirar lejos y ver en la obscuridad.

¡Lavémosnos por dentro, hermanos queridos! esa es la manera de subir; y creed, amigos míos, que si es cierto que en este mundo la pendiente es escabrosa, la satisfacción íntima, la aureola de bondad que corona la frente de los que han logrado emanciparse de la cadena de los vicios, y el bienestar, que, como fuente de delicada esencia sentimos á su lado, animan á los que, muy lejos de ellos, pero sedientos de justicia, luchamos por hallar un oasis en este desierto de la vida en que nuestras faltas son, la ardiente arena que quema nuestras plantas, prohibiéndonos correr cual á veces el alma anhela,

en busca de algo que se presiente y se teme y se desea, según nuestra condición, y ese algo creemos que debe ser, lo increado, Dios!

La mediumnidad en su desarrollo tiene que traer el misticismo, porque el médium que va persibiendo la inmensidad que nos rodea, se asombra en muchas ocasiones, é igual que el sonámbulo, como que quisiera no tener que sufrir el grosero contacto de las formas materiales, y casos se ven en que la abstracción llega á ser un vicio y he ahí uno de los escollos de la mediumnidad de que nos habla Kardec.

Muchos creerán quizás que los médiums son instrumentos ciegos, mas yo, quizás la última entre los que tratan asuntos de tal índole, creo que no, y es por lo que opino que la mediumnidad debe educarse y que sólo así pueden aquellos darse cuenta de su misión y de la responsabilidad que entraña.

Antes de terminar estos breves apuntes quisiera decir algo de la moral acomodaticia.

En este mundo en que tan sólo se está en medio de tantos y en que los amigos tanto cuesta encontrarlos, quien esto escribe ha tenido la fortuna de hallar amigos leales, de los cuales hemos recibido sabias instrucciones: uno de ellos, cuyo recuerdo aquí es el mejor elogio que pudiera hacer á su memoria (pues ya no existe)

nos enseñó á querer á las personas con sus defectos, decía él; pero, lo que nosotros entendimos y sacamos en limpio de sus lecciones es, que, balanceando los vicios y las virtudes de una persona, éstos jamás pueden pesar lo que pese una sola buena cualidad, cuando ésta está arraigada en el corazón del hombre. ¡He aquí la tolerancia! que tan necesaria es; porque sin tolerancia no hay espíritu que progrese: pero de esto, á hacerse ciego á los vicios de aquellos que nos conviene tener contentos y cerca de nosotros; de esto, á hacer comunicación con los malvados cuando les escudan pergaminos, mientras recojemos nuestro yo porque no nos manche el sucio de los desgraciados que caen porque los de pergaminos no han dejado para ellos á veces ni aire para sus pulmones, hay una distancia enorme.

¿Quién podrá negar que oro ganado en cualquier negocio leonino es oro robado, como el que roba el saltador de camino ó el tahur, y que, por tanto, debe manchar á aquél que de él goza?

¿Quién podrá negar que el que roba la paz del corazón de la inocente niña, burlándose de su candidez, es tan villano como el que en la oscuridad falsifica documentos con los cuales atrae hacia él á veces el brillo del oro, y otros el de la

fama, etc.; y sin embargo, esos delitos de tanta trascendencia pasan en las modernas costumbres como faltas leves, y el que las comete más bien es celebrado en el mundo por su *habilidad*?

Los espiritistas debemos con energías corregir estos vicios, principiando por no cometerlos ni apadrinarlos jamás.

Dentro de la escuela espírita, si caben todos los hombres, es para lavar sus manchas, porque el reino de los cielos sólo es para los limpios de corazón, y para limpiarse, hay que asemejarse á Cristo, hay que ser parcos en nuestros apetitos, moderados en nuestros gustos, sencillos en nuestras costumbres, y trabajar sin descanso por el bien procomunal.

Corporaciones hay cuya moralidad es admirada por todas partes, y sin embargo, si bajamos á su fondo, hallamos en ellas semilleros de vicios, que pasan desapercibidos para la moral acomodaticia, y esas fuentes son las que producen agua malsana para los pueblos, matando su vitalidad.

Ponce.





Nuestras costumbres.

I

LLEVAR el convencimiento al ánimo de otro, sin estar convencidos de aquello que proclamamos como verdad, no es posible.

Por nuestro carácter, por nuestro modo de ser, es en nosotros una costumbre, el ver las cosas superficialmente, por lo cual desbarramos aménudo al tratar de cualquier materia, y así vemos a cada paso, las columnas de los periódicos llenas de temas, que si es cierto que algo dicen, llamamos en el fondo que son más tonterías que lo que de utilidad tienen, pues el objeto de aquellos larguissimos escritos sólo ha sido, convencer a tal ó cual persona que dijo, por ejemplo, que hacía brisa en un día de completa calma, ó viceversa.

Perdemos en esas menudencias un tiempo precioso; lo cual no sucedería si unos y otros no viéramos las cosas sólo superficialmente.

De idéntico modo nos conducimos dentro de la Causa Espírita.

Familias hay, en donde todos sus miembros son adeptos á dicha escuela, sin que se les haya pasado por su mente la capacidad de sus principios, sus alcances en la vida práctica, etc., etc.

Grupos de entre estas familias hay, que teniendo fe ciega en muchos hechos realizados dentro de la escuela espírita, y siendo por tanto propagandistas incansables, no han podido compenetrarse aún, que el Espiritismo no ha venido á coartarnos la libertad de acción; que su ciencia nos da luz, pero nos deja en completa libertad de caminar á oscuras ó de guiarnos por ella, y que por lo tanto, si es cierto que debemos, con el alma implorar la asistencia de nuestros protectores invisibles, nunca, jamás debemos esperar que ellos nos lleven de la mano por el mundo, diciéndonos cual á ciegos, ven por aquí, anda allá, camina ó espera.

No han podido compenetrarse aún, de que si los espíritus son como nosotros, seres que todo lo adquieren por su propio esfuerzo, aunque si, ayudados con el buen ejemplo y el consejo de los demás; nosotros sólo podemos esperar de

ellos, la inspiración de tal ó cual idea; que es nuestro deber pesar y medir, antes de ponerla práctica, pues sólo nosotros responderemos moral y materialmente del bien ó mal que hagamos ó dejemos de hacer.

No han podido entender que, ofrecer velas, ú otras mandas á los santos comprendiendo que son las almas mismas, que viven en todas partes, las que con tal nombre llaman, es un grave error. Lo es, porque es una acción hija del fanatismo, y lo es, porque el dinero así empleado, es dinero que robamos á los muchos, necesitados que van por el mundo.

No han meditado aún, que si es cierto que se comprende que, la Religión es demasiado grande para encerrarla en el credo de cualquier doctrina, menos podemos encerrarla en el credo del Espiritismo, que lleva por consigna, libertad de pensar; que la religión es respecto del alma, como es la fuerza vital respecto del cuerpo, y que por lo tanto, sólo en ella es, y como ésta, no puede estar encerrada en parte alguna, está en la Creación.

No han comprendido que, si esto es verdad indiscutible, ir á cualquier templo á orar es echar leña á la hoguera del fanatismo, é ir á sancionar nuestros actos en sus ritos, es probar que somos

espiritistas de palabras, y sólo de palabras.

Para la Causa Espírita, hay sólo un Templo, la Creación: y en ella, cualquier sitio es bueno para edificar el que se sienta sacerdote, por la investidura que presta cualquier buena acción que pongamos en práctica.

Todo espiritista no fanatizado deberá respetar toda casa donde se predique la moral, toda institución que tienda al bien, lleve el nombre que lleve, rechazando siempre toda propaganda que tienda á levantar una religión; porque si cada religión quiere porque necesita templos y sacerdotes, no podemos los espiritistas, que sólo reconocemos por Templo La Creación y por Religión el Bien, contribuir á sostener esas religiones y templos, que si en alguna época reconocemos que han tenido su razón de ser, y que hoy mismo para ciertos seres de estrecho criterio son necesarios, no los son para los que queremos espacios sin límites para batir las alas del espíritu, las aspiraciones de nuestra alma.

Si fuéramos menos superficiales, si no fuésemos esclavos de nuestras costumbres, ha ya tiempo Puerto Rico no presentaría al mundo civilizado el espectáculo de tantas familias mixtas en creencias, esto es, espiritistas á una hora y Católicos ó Protestantes á otras, lo cual en nuestro concepto significa, que no son nada; pues

son individuos sin convicción, que no pueden ser apóstoles de ninguna escuela.

El Espiritismo no rechaza á los adeptos de ninguna. En él hallarán todos, enseñanzas no soñadas, en él hay sitio igual para los grandes que para los pequeños, pero hay que convenir que, para dar forma tangible á un cuerpo como hoy nos proponemos, mejor nos estorban que nos ayudan, hombres que á lo que ahora dicen sí, dicen más tarde no.

Necesitamos, no apóstoles que lleguen al martirio de la hoguera, como los que propagaron el Cristianismo, porque hoy son otros tiempos, pero sí, hombres que levantando sin rubor su frente, puedan decir, mis acciones no desmienten mis principios; con un pequeño grupo de éstos, avanzará más el Espiritismo en este suelo, que con miles espiritistas fanáticos.

Nosotros no somos una lumbrera, nos faltan conocimientos que sin duda no adquiriremos en esta existencia, porque no habremos venido para ser doctoras de ciencia, pero tenemos firmeza en nuestros principios, fe en nuestro credo y por esto tenemos la seguridad de que, ni aún en la agonía, que como ya han dicho varían muchos por temor á lo desconocido, tenemos la convicción repito, y lo dejo sentado en este papel como una confesión espontánea, que, ni aun en la pos-

trera hora, he de tener otra religión que la que mi razón me ha enseñado: EL BIEN; ¡por el cual, en aspiración santa, he de ir incesantemente hacia Dios!

Adelantemos, hermanos míos; profundicemos, que hay mucha diferencia de la superficie al fondo, y en él hallaremos la firmeza que necesitamos para ser lo que debemos ser: miembros de una asociación racionalista, que no tiene ni puede tener ídolos ni dios, porque sólo reconoce, al Creador.



A solas.

No es la libertad del derecho ni la libertad de pensar, sólo los móviles que llevan á los espiritistas por calles y plazas explicando sus doctrinas, no, hermanos queridos; la libertad de pensar como la libertad del derecho no se pueden ejercer sino tenemos la libertad de la acción; la fuerza moral necesaria para cuando nos comprometamos de que aquello fué porque tuvo razón de ser en su época, pero no viéndole en la actualidad razón positiva que atestigüe su existencia, sepamos decir: atrás, atrás trabas que defeneis el vuelo de mi espíritu; atrás escollos que quereis cerrarme el paso en la marcha progresiva que ha emprendido mi individualidad y en la cual le sirve de apoyo la razón.

¿Qué es la razón cuando está al servicio de los vaivenes sociales, de las exigencias del convencionalismo?

Es nulidad absoluta que atrofiando al yo pensante, deja al individuo como el bajel en alta mar, á merced de las olas.

Por esto vemos grandes hombres ser lo mismo en religión que en política, apesar de su valor intrínseco, mirados con prevención por sus contemporáneos y perderse su nombre para la posteridad, y estos ejemplos que de relieve hallamos por el mundo, deben ser para los que militamos en el campo espírita, una razón más, que además de las que aduce para nosotros, la reencarnación del espíritu nos obligue á ser reflejos de todos los principios que entrañen los nobles ideales de la Libertad, Igualdad y Fraternidad.

Paz y Justicia, ¿dónde pueden hallarse confundidas si no tienen su asiento en la Libertad, la Igualdad y la Fraternidad Universal?

Por tanto los espiritistas, los que aspiramos á merecer nombre tan burlado que fué y el cual llevan hoy los más conocidos progresistas de nuestra época, como Camilo Flammarion, debemos ser demócratas doctrinarios, porque solo la democracia y en la democracia da y toman vir-

tualidades ideales tendentes á movilizar un mundo como ha de movilizarlo el Espiritismo.

Y decimos con profundo convencimiento, que la Doctrina Espírita como la Cristiana, movilizará el mundo y encausará los destinos de las naciones, porque el Espiritismo se asienta en el Espacio y éste nos envuelve, ya radiquemos en el Capitolio, ya moremos en el tugurio.

El diamante es flexible al calor del fuego y el fuego sacro del Espiritismo ha de derretir el hielo de esos corazones de hombres grandes por su talento, grandes á veces por su posición social, y pequeños ante su conciencia que sin duda ha de acusarlos en silencio, porque al que mucho se le dá mucho se le exige.

Mas en tanto esto sucede, trabajemos los pequeños; los desheredados de la fortuna no teman, que la Unión Espiritista, de ideal que parecia se va convirtiendo en realidad y ya es sabido que los pequeños átomos unidos forman cuerpos inamovibles.

¿Qué es el ridículo? Es el crisol en que se depuran los espíritus que vienen á la tierra preparados á la lucha, es aquello que han soportado desde el Divino Maestro hasta Colón, Kardec, etc., todos los que han dado á la humanidad un sendero más amplio para ir más allá, más allá...

Y los hombres que por temor al ridículo no

predican la buena nueva, no pueden llamarse demócratas, no pueden llamarse libres, porque si tienen la libertad del derecho y la libertad de pensar, no tienen la libertad de la acción que es la que caracteriza la libertad de conciencia y la que es distintivo de los espiritistas convencidos.

Paz y Justicia sólo tendrán los pueblos modernos, cuando sus gobernantes inspirados en la Moral espiritista, que es la moral universal, obren por sí propios, sin las exigencias del convencionalismo ó lo que es lo mismo; con libertad de conciencia y de pensamiento.



Nuestras costumbres.

II

UNA de las diversiones por la cual el puertorriqueño siente pasión, es el baile, al extremo de decirse vulgarmente que, aquí se baila hasta en una sola tabla.

Inocente diversión, dirán los que me lean, y lo fuera, si la cadencia de nuestras danzas fuera proporcionada para un ejercicio útil a la vez que agradable, pero no sucede así.

Nuestras danzas en su mayoría, y entre ellas, "La Borinqueña" la cual considerada como himno puertorriqueño, hace que el corazón de nuestros jibaros así como el de nuestros prohombres, salte de placer; parecen hechas para contribuir á adormecer nuestras facultades, que el sofocante calor de los trópicos ya enerva, de mó-

do que, en vez de ser aquí el baile un ejercicio útil á la salud del cuerpo y al esparcimiento del espíritu, es un beleño que, nos arrebató las energías del alma y del cuerpo.

Cuando se cuenta lo que aquí se baila y se resta de lo que se lee, se desalienta el estudiante.

Sabemos de otros países en donde se enseña á bailar á los niños, como complemento de su educación y cuando ya la señorita se prepara á ser presentada en el gran mundo; pero aquí, sucede todo lo contrario.

Los niños casi aprenden á bailar al aprender á mudar paso, y vemos amenudo en los programas de las fiestas y en los periódicos, anunciando baile de niños, que vistos son un primor.

Y no es que nosotros prohibamos á los niños las diversiones, no; nos gusta verlos correr libremente en los paseos públicos, en los campos, en las plazas, saltar reír y jugar, bailando ellos en su alegría el baile que se les antoje; pero de esto, á hacer de los niños damas y caballeros de salón, hay una distancia incalculable.

En aquellas inocentes diversiones los niños ganan, su cuerpecito se desarrolla, su alma se espansiona y la felicidad inunda su corazón: en estas, oprimidos por el obligado traje, por los afeites y á veces los obsequios de dulces y be-

bidas no apropiadas á la edad, los niños pierden la salud á veces y la inocencia siempre, toda vez que se les ensaya para futuras diversiones donde domina la mentira y el placer.

Con frecuencia vemos aquí niñas, de día, en los centros de instrucción, que son damas de noche, en los jolgorios de los salones, y creemos que esas son horas robadas al descanso ó al estudio, no sabiendo como calificar tamaño mal.

Espansionémonos; pero piensa, pueblo de Puerto Rico, que es la hora de conquistarte un puesto entre los pueblos libres, y que no puede serlo el que es esclavo de sus caprichos.

No hemos de concluir sin decir dos palabras respecto á la "Borinquena" esa bellísima melodía que está considerada como nuestro himno nacional.

No pretendemos negarla su mérito artístico; pero como himno, (somos pequeñitos para emitir tal concepto, pero á veces un inocente niño con una frase hace en nuestra mente luz) consideramos que no llena las necesidades nuestras.

Los hijos de Borinquen, por nuestro carácter y tendencias, necesitamos un ritmo que levante nuestros espíritus, que exalte nuestras energías, que nos impulse, no á llorar nuestras desventuras, sino á estender los vuelos de nuestro pensamiento; á mirar más allá. Necesitamos

un himno que sea á la vez que una llamada al combate de las ideas, una plegaria que nos haga, recordando nuestras pasadas desventuras, alzar la vista y reconocer que hay Dios.

Hay en nuestro país lirás sublimes ¿no habrá una que quiera immortalizarse haciendo un himno nacional?

Rompamos con la rutina y recordemos á cada hora, que el mundo marcha, y que si no marchamos voluntariamente, seremos arrastrados por su fuerza de atracción.



Impresiones.

Si los aplausos de los pueblos fuesen los principales cimientos donde cualquier escuela filosófica afirmase sus columnas, aquellos cimientos podrían considerarse como juguetes de niños que trabajan al azar, porque los pueblos, aun los más cultos, generalmente aplauden aquello que hiere más directamente su retina, antes que lo que toque directamente su corazón.

Y esto sucede, porque los educadores del pueblo casi en todos los países, por ganarse sus simpatías para subir, por escalar las alturas del poder civil ó eclesiástico, han procurado casi siempre, antes halagarlo que corregir sus vicios por medio de la ética, temiendo sin duda, que el pueblo bien educado se convierta, de corregido en corrector.

Por esto los hombres que en la tierra llenan la misión de redimir, han sido y serán aún quizá por algunos siglos los mártires, que á veces las turbas han destruído materialmente, azuzados por los señores, y otras han sido anulados por los grandes, que han manchado su reputación con tintes tan sombríos, que se han necesitado ríos de lágrimas, cuando no de sangre, para que con más brillo surgieran á la superficie nombres olvidados después de escarnecidos.

No pueden haber cimientos más firmes para una doctrina redentora que el corazón de los pueblos, pero es necesario que su filosofía forme primero el corazón de esos mismos pueblos, que algunos hay sedientos del agua pura de la redención, enfermos como se encuentran por beber de continuo en fuentes mal sanas.

Formar el corazón de los pueblos! Tarea gigante, y más en estos tiempos en que los vicios más reprobados casi aparecen como faltas leves, según los nuevos giros que la diplomacia va imprimiendo á todas las cuestiones, cuestiones que afectan directamente la humanidad.

De tal modo se han bastardeado los sentimientos humanos, de modo tal se ha salido de margen el hombre moderno, que para encauzarlo, sin duda alguna ha de ser necesaria una fuerza superior de poder moral tan elevado, que no

haya pueblo por arraigadas que en él estén las destructoras máximas de la moral acomodaticia de nuestros días que resista su salvador empuje.

Para los grandes pensadores que en la profundidad de sus estudios les dominaba horrible desconsuelo por no encontrar el medio de resolver el problema social; para aquellos que buscando luz han ido penenetrando en lo desconocido iniciándose en lo que llaman ciencias ocultas, y que no es otra cosa que el espacio que nos envuelve y del cual formamos parte; y en el cual, si es verdad que el profano mira sin ver, no es menos cierto que la entrada es libre, y que se inician en sus estudios todos aquellos que animados por el amor al bien, tienen la sensibilidad bastante desarrollada para percibir las vibraciones del infinito; esa fuerza superior, ese poder moral que ha de volver al hombre á la tierra prometida, ese poder moral está en la Doctrina de Kardec, de la cual dijo él que no había dicho su última palabra, y nosotros (pigmeos) creemos que no se dirá jamás, tal es la magnitud, tal el alcance del Espiritismo.

Como resultado de tal creencia se promueve la formación de cátedras donde estudiar la ciencia de las almas, "La Psicología", y los adeptos del Espiritismo en la medida de nuestras

fuerzas debemos, formar corazones, levantar espíritus, redimir almas.

No estamos solos, no; en cada vibración del espacio se agitan vidas que nos dan vida por medio de la luz, del sonido, etc.; y que á medida que nuestra sensibilidad se desarrolla, percibimos más lejos ó más cerca, más directa ó indirectamente según nuestros méritos.

Moralicémonos, moralicémonos y tengamos fe: nadie es pequeño cuando la fe le anima y la virtud le escuda, y con estas armas vamos directo al corazón de los pueblos: no nos preocupe el que nos sigan ó no los grandes, que la revolución viene de abajo, pero jamás podrán los de arriba resistir á su empuje; y del propio modo que las testas coronadas van ya proclamando la libertad, así los que con orgullo ostentan hoy coronas al talento, han de venir á proclamar en no lejano día la libertad del espíritu, la eternidad de la vida.

No huyamos de los grandes; necesitamos su capital para dar pan á los que mueren de frío ignorados por todo el mundo, y por lo tanto, nuestra misión es acortar las distancias ganando corazones, para que los de arriba y los de abajo en el más breve plazo, vengan á trabajar unidos por la causa común que es el mejoramiento moral.

Y que bello, que vislumbra el porvenir cuan-

do á nuestra actual desconfianza suceda la tranquilidad del que nada teme, del que todo lo espera de la Justicia Divina, porque al escudriñar la conciencia, ésta le dice que va cumpliendo con su deber.

Entonces la comunión de los pueblos será el aplauso que repercutiendo de uno á otro confín, proclamará la excelsitud de la filosofía redentora que predicó la moral universal: La Religión del Deber.





A Amalia.

En la desencarnación del médium tan conocido como admirado, D. Eudaldo Pagés.

Era yo casi niña, había perdido mi tierna madre, y mi alma solitaria y mi hogar huérfano del afecto materno, lloraban en silencio, pero inconsolables, su al parecer eterna desventura é iba yo por el mundo como hoja seca que arrastra el vendabal.

Sin fe, porque no la tenía en las religiones, sin amor y sin esperanzas, era mi vida triste como ninguna y precisamente en la edad en que las niñas, cual la Naturaleza, visten de gala; mi único deseo era morir.

Por qué? yo misma no podía explicármelo, mas me sentía tan cansada de vivir, que cuando

pensaba que Dios en sus designios pudiera reservarme una existencia larga, temblaba de terror: y era natural que tal me sucediera, porque sin esperanzas no es posible vivir. Amante del estudio, leía absolutamente todo cuanto encontraba á mano, fuera de la escuela que fuese, y así llegó á mí la primera obra Espiritista y casi en seguida "La Luz del Porvenir", periódico que Amalia Domingo publicaba en Barcelona.

Su cuerpo de Redacción estaba formado por mujeres, y era tal la dulzura de su estilo y se ocupaba tanto de la mujer y del hogar doméstico, para mejorar una y otra en bien de la humanidad, que mi corazón latió bajo su influencia de un modo extraño y fué tal mi entusiasmo, que tuve satisfacción inmensa en ayudar en algo á dar vida á aquella simpática publicación.

Amalia y yo nos relacionamos; era ella la madre cariñosa de todas las mujeres y yo huérfana de afectos, no podía ser indiferente á su cariño. Después pasaron años, leía, estudiaba, buscaba una creencia y la encontré, cual la ansiaba mi alma, cual la necesitaba mi razón. El recuerdo de Amalia y de su "Luz," están pues, enlazados á mi existencia con lazo indisoluble, pues si es cierto que en mi cerebro bullía la idea libre, ella, cual la madre, tiende la mano al pequeñito que cambia los primeros pasos trajo

hacia mí corrientes de simpatías, que me hicieron seguir adelante sin vacilar.

Por esto en mi morada jamás se apaga el eco de su voz, y en su recuerdo, otra Amalia que con su sonrisa y su inocencia llenó de alegría mi hogar, lleva junto con su nombre, una parte de los sentimientos que ella supo despertar en mi corazón.

¡Amalia! dulce hermana mía! si en tu justa pena puede servirme de lenitivo el reflejo que tu "Luz," en la cual vibra el alma de tu médium, ha dejado en este Nuevo Mundo, te lo envío, tan vivo y resplandeciente, cual lo trajo á este suelo tu "Luz del Porvenir."

Ponce, Diciembre de 1902.





A Ricardo Rodriguez.

Después de haber leído su poesía
en prosa á Lola Baldoni (1) titula-
da "Anhelos".

Os he admirado en privado y al seguir la es-
tela que tras vos dejais, de nuevo os admi-
ro afirmándome en la creencia de que vais por
el mundo con el corzón en la mano.

Joven y con un espíritu gallardo hasta don-
de ireis en la jornada que hoy haceis en este
mundo?

El campo que se os presenta es vasto, a vos
os toca probar que sois buen sembrador.

Nosotros, con grandes anhelos, hemos cru-

(1) Escritora tan culta como modesta.

zando la senda de la vida deseando volar y sin poderlo hacer y en un arranque del alma escribimos un día que "si al dejar esta vida de azares mereciéramos (que no lo mereceremos) ir á formar parte de otra humanidad más adelantada, al volver los ojos á la tierra y ver en ella mujeres pedazos de nuestro ser esclavizadas por la ignorancia, pediríamos al Omnipotente retornar á este planeta una y otra y otra vez, sólo por el placer de arrancar cuantas pudiéramos de las garras de la esclavitud," así pues, amigo mío, no os extrañe mi nostalgia; es la nostalgia del infinito, es la imagen fiel, de un alma que camina atraída por un foco de luz, y detenida en su aspiración por la férrea cadena de faltas invisibles á nuestros ojos materiales.

¡Luchar! he ahí mi dicha en esta existencial! Y si las luchas intelectuales son coronadas con los laureles del saber, las luchas sociales y las íntimas del hogar y de la familia, tienen una corona que no debe ser menospreciada por aquel que aspira á subir... aunque sus finas púas en ocasiones desgarran nuestras sienes, la corona del martirio.

Yo os admiro pero no os sigo, no; no podré ascender dejando atrás á mis hermanas, á mis compañeras de infortunio: ¡La Mujer!

Una médium á quien un día refería yo uno

de mis sueños, pues siempre he tenido sueños muy raros, me dijo: "quien tal sueña es un alma que á veces sube á gran altura y otras baja demasiado á revolcar las cosas materiales", y es así: y cómo no; si al lado de los grandes hechos encuentro las más grandes tonterías, las necesidades más burdas á veces, personificadas en la ignorancia de alguna mujer.

Parece como que la esperanza se pierde de que algún día sea la tierra, tierra de promisión cuando escudriñando se baja al fondo del hogar.

¡La madre! Yo me he levantado de la escuela práctica si así puede decirse, de Amalia Domingo, y sin embargo, yo sin poder por un instante compararme con tan profunda pensadora, he disentido de sus enseñanzas.

Nuestra sacerdotisa Amalia Domingo, labora para el porvenir espiritual y enseña á la mujer á ser humilde. Nosotros que predicamos humildad, estudiando en la vida práctica, vemos que cuanto más humilde es la madre de familia, tanto más arrinconada se la tiene en el hogar.

El hombre en nuestra época vive más de la apariencia que de lo positivo, y una mujer humilde no hace hoy papel importante en el concepto de los hombres, salvo honrosas excepciones, como armonizar los principios salvadores

de nuestra redentora Doctrina con las exigencias del día? ¡Problema difícil de resolver!

El hombre quiere que la mujer se eleve, la aleja cuanto puede del hogar buscando mérito, la lisonjea cuando la ve á gran altura (quizá despreciándola en el fondo) mas al retornar al hogar y hallarlo frío, corre tras el placer en carrera desenfrenada; por tanto, la mujer humilde que sabe ser sacerdotisa en su hogar, es factor importantísimo en la actual corriente redentora que trata de envolver á la humanidad, pero ¿cuántas serán las mujeres que por salvar á sus hijos, á las generaciones que vienen, soporten el desvío de su compañero, cuando el afán de la mujer es verse amada? ¡Cuántas!... Por amor, la mujer ha sacrificado cuanto es, y hoy son en el mundo las mujeres, (como dijo no ha mucho en mi presencia un hombre del pueblo, sin instrucción pero con sobra de experiencia) "cosas de los hombres", ó lo que es igual, cosas que los hombres llevan y traen como les acomoda, pero ¿puede una mujer que se compenetre de los principios de nuestra filosofía, hacer papel pasivo, siendo llevada y traída cual juguete en mano de niño caprichoso? No. La mujer espiritista por lo mismo que piensa con su cabeza, compenetrándose de su misión sagrada como madre de familia, "porque la mujer siempre es ma-

dre", tiene que ser tan humilde cuanto de sentimientos más elevados sea, y para no verse ni humillada ni manejada á capricho, tiene ante sí un refugio: el celibato.

¡El celibato! Ha dicho un gran moralista de nuestros días, que el matrimonio no es una necesidad moral ni físicamente considerado, y este pensamiento que no es nuevo ¿perdurará en el porvenir?

Esto sería horrible. El hombre y la mujer unidos por amor y unificados sus sentimientos, forman un todo armonioso cuyo reflejo es la familia. ¡La familia cristiana! ¡He ahí la redención de la humanidad! Mas esta familia no puede crearse no, en hogares donde las rutinarias costumbres vengán á ahogar los sentimientos que han tomado vida en el seno de la moral espiritual, pero la experiencia que nos dan los hogares donde la mujer vive laborando en el porvenir espiritual, mientras el hombre se afana por ser algo que brille, sea en esta ó aquella forma, hacen á la mujer librepensadora vacilar ante el problema del hogar doméstico.

Cuestiones son estas, amigo y hermano en creencias que, por lo mismo que son lo corriente, lo práctico, lo que nos rodea diariamente, nos preocupan y detienen en no pocas ocasiones nuestros pensamientos y nuestros deseos de ser,

tan inteligentes como morales deben ser y serán,
todas las que vengan a beber en la pura fuente
de la filosofía espiritista.

Salud y progreso; vuestra de corazón.

Ponce, Junio 5 de 1907.



Adelantarse á su época.

DELITO es este que el mundo jamás perdona,
y los que tal atrevimiento tienen, pagan
bien cara su osadía.

Tal ha sucedido en todas las épocas y sien-
do así, preguntariáis con razón: ¿Por qué quie-
ren adelantarse a su época teniendo la experien-
cia de los demás? Pero es, amigos, que las per-
sonas que sienten brotar en su cerebro esas ideas
nuevas, como que se sienten empujadas por des-
conocida fuerza, y sólo en lucha cruenta consigo
mismo dejarían de mano aquello que se les viene
á la mente llevar á cabo.

Y es por lo que el mundo ha calificado de
locos á tantos, y de iluminados á no pocos.

Hoy los términos se cambian, y á los que
profesan los ideales espiritistas cuando salen del

circulo de la rutina los llaman chillados los que no militan en el campo espirita, y obsesados los que militan en él.

En estos últimos tiempos, aunque muy por lo bajo, tuvimos el honor de merecer tal calificativo, cosa no extraña, cuando siendo muy joven merecimos el alto honor de ser calificada de soñadora, por un respetable letrado, y este calificativo fué una de las primeras flores que hemos recogido en nuestra ya larga peregrinación por la tierra.

Mas ya he dicho y es un hecho, que los que alimentan nuevos ideales no vuelven sobre sus pasos, marchan, salvo rarísimas excepciones, mas allá.

Recordemos. Éramos casi niñas y el luto de nuestra madre que llevábamos como es costumbre, mas cuando ella había vestido seis años de luto en su viudez, nos molestaba de una manera incomprensible, pues no sabíamos donde era que sentíamos molestia; pero es lo cierto que empezamos por llevar cuello blanco y á poco vestimos luto de alivio y con colores muy claros siendo aquél el último luto negro que hemos vestido.

Teníamos nosotras nuestra morada de casa-dos arreglada á la costumbre del día, con cortinas, y encajes y juguetes de biscuit, y mil y mil

tonterías, que los ricos hacen muy bien de tener porque dan trabajo al pobre, pero que en casa de los pobres demuestra falta de seso, y por aquellos días, vino á mi hogar una niña que Dios puso bajo mi custodia; y empezamos á cuidarla no como nos habían enseñado, si no como la razón nos dictaba y la experiencia venia á confirmar. Garganta y cabeza descubiertas, pies ligeramente abrigados, mucho paseo al aire libre, dormir temprano y madrugar, comidas (fué criada sin pecho) ligerísimas, poco cocidas y siempre dadas á horas fijas y no de noche, desarrollaron una criatura robusta y poco enfermiza, siendo así que me auguraban las madres, que mi manera de criar mataría á la pequeña.

Crecía mi Amalia y ya era música diaria el si le agujereaba ó no las orejas y nosotros entre tanto, en silencio estudiábamos el modo de que no llevara la niña argollas, prendas ni adorno que pudieran molestarla.

De repente un día nos vino la idea, de que el mejor medio para que la pequeña no usara lo que no creíamos del caso, era no usarlo nosotros, y desde entonces desaparecieron de mi casa los inútiles adornos que llevan casi siempre la mujer en el hogar.

Jamás mi niña llevó rizos ni moños, ni gorros ni faldellines, que si bien muestran el amor

de los padres, mortifican de lo lindo al niño; jamás paseó en otros brazos que en los míos ó en los de mi esposo, jamás niñera alguna veló su sueño y eso que ha sido única en mi hogar.

Mas veamos lo que cuesta adelantarse á su época.

Por hacerlo, propagando el Espiritismo en los periódicos de ideas libres, se me expulsó de la Iglesia Católica única que en aquel tiempo había en mi pueblo natal, y tuve que venir á mendigar la bendición nupcial á un ministro protestante, el padre Espinosa, para más tarde casarnos civilmente, porque los tribunales no reconocían como legal otro matrimonio que el católico al tratarse de intereses.

Por hacerlo, no queriendo vestir con polizón, la alta sociedad ponceña de aquella época creyó ver en mí una lugareña y me regaló una mirada de desdén y compasión, lo que, dió origen á mi "Carta al Mundo," que tuvo el honor de ser reproducida por un periódico de ideas libres de la entonces esclava España (1) y por hacerlo, he recogido en mi camino tantas espigas, que en el crisol de nuestras ideas se han convertido en fragantes flores, cuyo aroma nos ha vivificado para ayudar á cuantas mujeres

(1) Esclava de pensamiento.

oprimidas por despótico yugo en el hogar hemos hallado á nuestro paso, á reconquistar sus usurpados derechos; para defender sin temor y con la justicia á muchos que la ley ha querido ó ha consentido indiferentemente que se oprima hasta aplastarlos; para desenmascarar á más de un hipócrita que escudado con el nombre del Espiritismo ha ido explotando á la humanidad; para decir á muchos grandes pícaros honrados que han querido manchar el nombre de honrados infelices, "que el ladrón juzga á otro por su condición"; para decir á un digno letrado que buscando salida en la ley para una dama prisionera en el hogar, la aconsejó que buscara fuera de él un defensor contra la persecución de su esposo, que la mujer cristiana, la que busca ilustrar su razón, nada tiene que temer, y en el desamparo de la ley, la justicia la hace, ella prefiriendo la muerte á la deshonra; para escribir un día para mí memorable "que no hay ley humana que ponga límite á la conciencia en el cumplimiento del deber"; en una palabra, para estar siempre al lado del débil y... ¡cuánto he conseguido en este sentido á pesar de mi poca significación social y de mi posición poco brillante.

¡Amar, amar hermanos míos! el amor hace milagros, y á impulsos de él, se camina siempre,

sin sentir la pendiente del camino deseando ir siempre más allá... más allá...

Espíritus apocados que teneis la luz bajo el celemin por temor al ridículo; sacudid el marasmo; mirad hacia arriba: hay en lo alto luces que sin quemar nos abrasan y su fuego sacro nos lleva á esparcir por todas partes el bien en espíritu y en verdad.

Y no importan estado, posición ni fortuna; querer trabajar y podreis; Jesús lo ha dicho: "Pedid y se os dará".

He dicho trabajar, y no concluiré sin dedicar dos líneas á ese gran factor: "el trabajo".

Cuando mi hija principió á leer de corrido (y estudiaba á mi cuidado) el primer librito que leyó, fué una conferencia sobre el trabajo escrita por un librepensador; la estudió, pues no era larga hasta saberla de memoria, y era gracioso ver á aquella libre-pensadora de cuatro años, leer aquella composición que hacía suya según su actitud: pues bien; quien estas líneas escribe no tuvo á mano conferencias tan variadas en sus primeros años, pero tuvo una madre que trabajando oraba á su Dios (y sin tener una absoluta necesidad de trabajar). Así crecimos, y os aseguro padres, que todos los niños que crecen bajo tales auspicios, harán del trabajo un deber, y no importa la posición. El trabajo siempre honra,

y manos que han calzado fino guante, han tenido luego que manejar la escoba y hasta el azadón.

El trabajo es la oración con que la creación honra á su Creador y en ninguna especie, sólo en la humana, vemos ese cansancio, ese horror al trabajo hijo, ¿de qué? de la molicie: si, amados lectores, de la molicie. El mundo ha inventado todo lo necesario para refinar el gusto, de modo que los sentidos persiban mejor los placeres que lo terreno nos brinde, y de ahí que el comer ha venido á ser objeto de una ocupación cansada y continua para cada individuo, que el dormir haya sido motivo de enervamiento para tantos á fuerza de usar habitaciones abrigadas, camas bien preservadas de los insectos y ropas finísimas que no las sienta la piel, de todos los goces materiales de que los irracionales usan por costumbre, moderada por instinto y en cumplimiento de la ley natural, los hombres hayan hecho motivo de continua embriaguez que no sólo el licor causa embriaguez al hombre y un hombre embriagado sólo produce fetos informes.

¡He ahí nuestro desequilibrio! La moda ha hecho que la higiene se olvide por completo, y la ciencia médica buscando servir más á sus intereses que á los del prójimo, ha tolerado casi siempre aquello mismo que ha vituperado, quiere decir; que para complacer al enfermo y sal-

var su responsabilidad, ha curado hoy la enfermedad que ayer produjo el abuso, preparándose para cobrar mañana la cura de la enfermedad que produjo al enfermo la medicina de hoy.

Todas las corporaciones tienen miembros honradísimos, honor de su escuela, y así hemos visto aquí á un Amadeo, decir clarito á la sociedad las consecuencias fatales que el uso de los corsés que hoy se llevan traerían á las futuras madres; pero ¿alguien lo oiría? La generalidad llevan sus alarga-talles tan tranquilas, cual si la dama joven no fuera la misma que en su seno ha de aposentar al hombre del porvenir.

Pero concluyo, amados lectores, que si el rutinariismo ayer, y aunque por lo bajo, nos calificó de obsesadas, y antier nos apellidó de soñadoras quien representaba la ley, es fácil que hoy quienes representan la ciencia, nos señalarán por siempre como elementos perturbadores si siguiéramos escribiendo en este sentido



Nuestras costumbres.

III

GSTRE los muchos males que nos enervan, uno quizá el más importante es, la presunción.

Con honrosas excepciones, en nuestro país, lo mismo arriba que abajo, abunda tanto la presunción, que casi es extraño hallar una persona medianamente instruida, que no sea presuntuosa, siendo así que hasta en la última escala social se ven gentes tan presumidas, que solo risa pueden inspirar al que los observa sin pasión; y digo risa, que por más que causen pena al hombre pensador las manifestaciones, á veces inocentes y á veces burlescas de la ignorancia presuntuosa y presumida, no pueden menos que

traer á los labios la sourisa ¡qué ésta á veces dice más, que cien discursos de un razonado critério!

Copiamos del natural.

Era en aquella época calamitosa en que el ciclón de San Ciriaco dejó por las calles de esta ciudad, tantos pálidos venidos de los barrios, que cada casa de familia de aquellas que aún recordaban las prédicas de Jesús, parecía un hotel ó un campamento.

De entre el grupo formado por aquellos desgraciados, surgió una mujer enlutada, ni joven ni vieja y de regular apariencia, é la cual las familias llegaron á coger miedo, pues cada vez que llegaba á implorar la caridad, que siguió implorando años después del temporal citado, había de hacer la historia de sus grandezas pasadas.

No había manera de poner fin á su historia, en la cual se revelaba la presunción en su más alto grado, siendo así que, su posición en sus mejores días, no había pasado de ser una modestísima medianía, según de público se supo.

Y continuamos copiando del natural, suplicando al lector perdón si lo llevo tras de tanta pequeñez, pero lo hago, convencida de que de lo pequeño es que surgen las grandes enseñanzas.

No ha mucho tiempo, llamé yo misma un día á un vendedor ambulante, que gritaba si mal no recuerdo, harina de maiz: continué mis ocupaciones, mientras la mujer que tantos años ha me presta sus servicios compraba al vendedor lo que necesitaba; mas, al oír que se discutía en voz alta, fuíme hacia el corredor donde la compra se hacía y ¿qué creerán mis lectores que había pasado? Pues lo más risible del mundo. El hombre, que estaba muy acalorado de andar con un sol abrasador pregonando su mercancía, pidió agua á la sirvienta, y al traérsela ésta en una cacerola de hierro enlozado que se usa para cocer leche, no sólo no la aceptó, sino que dijo en tono destemplado, "que si por estar vendiendo harina creían que era cualquier gente, tuvieran entendido que él había sido" no sé que persona, dijo, que al efecto era cual si quisiera significar, que era un noble arruinado al cual había que rendir homenaje todavía.

El caso era risible, pero no souréi. En tono muy serio dije algo al hombre para que se marchase, quedándome, no enojada, pero sí muy contrariada, al ver nuestra presunción.

Mudemos de escena, y entremos en un plantel de enseñanza donde se celebraba una de las fiestas que los americanos han traído á las escuelas públicas de Puerto Rico.

Llovía, por lo que no pudo llevarse el acto á cabo en el patio del edificio bajo los árboles; y como ya se había principiado cuando arreció la lluvia, niños, profesores y público, nos refugiáramos en las salas donde se dan las clases.

No estando preparadas para el acto, nos sentamos donde pudimos, cada cual con el deseo de no interrumpir á los pequeños actores, y de molestar lo menos posible á las dignas profesoras, que atendían á todo con la mayor solicitud.

Así como en los grupos de niños se veían confundidos pobres y ricos, nobles y plebeyos, las familias estábamos situadas sin ninguna distinción (paso de avance que ha dado mi país llevando la igualdad á las escuelas públicas).

Cerca de nosotros sonó una voz bronca que dijo: "déjeme pasar".

Volvimos la vista y, era una joven blanca con canesú de negro encaje en traje de igual color, dejando entrever sus brazos, espalda y parte del pecho á través del claro encaje, la que había proferido tales frases; estaba en un sitio distante de donde los niños accionaban, y venía en busca de otro más cercano á la escena que la ofrecía alguna amiga de su alta categoría. Nos desviamos un poco dando el paso libre, á la vez que fijábamos una profunda mirada en la niña presumida, á la cual después hemos visto pasar

varias veces por nuestro frente; siempre hablando de futeleas con la que la sirve de compañera, y siempre sin mirar más que al aire, cual si temiera que al fijar sus ojos en alguna cosa del suelo, éstos perdieran su belleza. Y sin querer, cuantas veces la vemos; viene á nuestra memoria aquel "déjame pasar", tan bronco, que más que la voz de una niña, parecía la de un beodo.

¡Cuánta soberbia en su tono y en su porte! y cuánta pequeñez á nuestra vista, acostumbrados á decir desde la niñez, lo mismo al último sirviente de nuestra morada que al triste pordiosero que ocupa la acera, hágame el favor de dejarme pasar!

Hay gestos, hay frases, que pintan á lo vivo el modo de ser de quien los emite; y así nuestra presunción queda de relieve, en los cuadros que he copiado del natural.

Aquí, al revés de lo que dijo el sabio, "una cosa sé y es que no sé nada", la mayoría de los que se dicen grandes, piensan en voz alta, "una cosa sé y es que soy grande." ¿Por qué? Ese es problema, pues la mayoría de esos grandes, lo son, como la enlutada pordiosera; como el vendedor ambulante y como la joven del canesú de negro encaje.

¡Nuestras costumbres! ¡oh nuestras costumbres!

Cuando seamos menos presuntuosos y más discretos, entonces sí que habremos empezado a estudiar en el libro de la vida; mientras tanto, el papel que hacemos en el gran concierto social es, el de los títeres con que a veces se entretiene la muchedumbre.

Ponce, Marzo 17 de 1903.



COMO ENTIENDO YO EL ESPIRITISMO.

No cabe duda que estuvo muy acertado aquel que dijo que las cosas son del color del cristal con que se miran; como también creemos es verdad que el Espiritismo, como la Medicina, la Física, la Química, la Astronomía, etc., deja en cada individuo que se dedica á su estudio, impresiones distintas.

Y el Espiritismo con más motivo que las demás ciencias, porque él las abraza todas, porque en él cabe todo lo que moral, material é intelectualmente, pueda dar impulso á la vida espiritual y material de los seres.

Y abrazando el Espiritismo todos los ramos del saber, ¿qué de extraño tiene que no todos los

que militamos en sus filas lo sentimos y lo comprendamos de igual manera?

Y como del choque de las ideas brota la luz, yo humilde entre las humildes obreras del Espiritismo, ignorante como las últimas, pero racionalista antes que nada, y sobre todo sedienta de luz; ansiosa de vivir, si cabe, una vida más espiritual ó lo que es lo mismo, menos material que esta en que nos agitamos; deseo manifestaros en breves frases, las cuales desearía poder expresar tan claras que hasta el último de entre nosotros se compenetrara de mis pensamientos: cómo entiendo yo el Espiritismo.

Mas quizá me sea difícil expresarme cual deseo, por causa de mi poca instrucción; y, en este caso, espero que vosotros, con vuestro buen criterio, sabreis completar aquellos pensamientos míos que no estuviesen bien explanados.

Antes de conocer yo el Espiritismo ¿qué idea tenía de Dios? Una idea confusa; porque mis mayores me hicieron conocer un Dios y mi razón, aunque tímida por entonces por la educación que recibía, y por mi corta edad, me hacía volar en busca de algo que entonces yo no acertaba á definir; pero hoy comprendo que aquello que yo buscaba como el ciego que por el tacto quiere encontrar los objetos: que aquello que me hacía alzar la mirada, é ir con el pensamiento más

allá, siempre más allá... y de aquel más allá hasta lo infinito, siendo así como, sin darme cuenta de ello, me fui haciendo libre-pensadora; era la idea de Dios.

En este estado de ánimo, conocí yo los preliminares del Espiritismo. Su filosofía me sedujo desde el primer momento, y al encariñarme en su lectura, mi pensamiento libre, sin temor al castigo, buscó á Dios. Y le halló en los tres reinos de la Naturaleza: el mineral, el vegetal y el animal; y le encontró en la bóveda inmensa de los cielos, y en mi corazón y en mi cerebro. Y desde entonces no más dioses, dije, un sólo Dios: y los ídolos todos, cualquiera sea su forma, para mí ídolos son.

He ahí mi primer paso en el Espiritismo!

Yo entiendo que la idea de la justicia de Dios es el móvil que á todo adepto al Espiritismo empuja hacia adelante; porque desde el instante en que nos compenetramos de que Dios es foco de amor y luz, es indudable que deseando acercarnos á Él, con el fin de conocerle mejor, se despierta en nosotros el deseo de estudiar en su gran obra, y tras este deseo al de conocer cuanto han aprendido y escrito nuestros antecesores, estudiando en el mismo volumen: La Naturaleza.

Y si estudiando en su obra, hallamos la armonía en todo, desde lo colosal hasta lo imper-

ceptible, y encontramos la afinidad, la atracción, los destellos vivificantes de la ley sublime del amor envolviéndonos desde nuestro origen como no hemos de sentir el alma conmovida de amor, de amor universal, de amor sin límites, de amor sublime?

¡Oh! sí: por esto yo creo que el Espiritismo, tocando las fibras más delicadas del alma, despertando en nosotros el sentimiento religioso ó sea el amor á Dios y el amor á todos los seres, nuestros hermanos, sin excepción de razas ni categorías, y que nos pone en aptitud de profundizar cualquier ramo del saber humano que de nuestro agrado sea.

Yo entiendo que el Espiritismo, despertando nuestros sentimientos é ilustrando nuestra natural inteligencia, por precisión ha de despertar en nosotros la idea de lo más bello, de lo más puro, de lo menos grocero; y así creo que el Espiritismo, por decirlo así, nos pule tanto moral como material é intelectualmente; nos desarrolla el buen gusto; mas no ese gusto refinado que hace al hombre despreciar á los seres y objetos que cree están á menos altura que él, sino ese sentimiento que, aun en lo más imperceptible, imprime el sello de la poesía, de la belleza del alma.

Yo entiendo que el Espiritismo, enseñando-

nos la ley de la reencarnación, nos hace esclavos de nuestro deber, porque al enseñarnos que el avaro de ayer es el pordiosero de hoy, que el tirano del presente será el esclavo del porvenir, y así sucesivamente; ó lo que es lo mismo, que tras el perdón de la falta ha de venir la reparación, que nada se nos da sin haberlo ganado, único modo de tener el mérito de nuestras obras; creo que nos obliga sin violencia á "hacer para los demás aquello que queremos para nosotros mismos".

Yo creo que el Espiritismo, al darnos á conocer de una manera clara la comunicación continua de los que dejaron la envoltura con los que aun permanecemos encarnados, nos presta un consuelo mayor que cuantos puedan ofrecernos las religiones por medio de sus santos y de sus apóstoles ó ministros.

Y no porque yo crea que debemos mezclar los espíritus; ésto es, los seres inmateriales comparados con nosotros, en nuestro modo de ser material y en todo lo concerniente á nuestra existencia terrena; nó: sino porque es más consolador saber que nuestros padres y parientes que ya no existen materialmente, están cerca de nosotros y sienten nuestras penas y se interesan en aliviarlas; y es más lógico creer que ellos nos ayudan con su persuasión y sus flúidos á sopor-

tar las pruebas de la vida y á marchar por la senda del progreso, que esperar que este ó aquel santo que fué ó no fué en tal ó cual época, venga en nuestra ayuda atraído por nuestras súplicas.

¡He ahí como entiendo yo el Espiritismo!

Como una ciencia moralizadora; como una luz; como una ley que nos hace conocer á Dios por sus obras; que nos acerca á El por el amor y que aviva nuestro afán hacia el más allá, haciéndonos progresar eternamente en cumplimiento de esa ley armónica que rige la Creación y cuyos mandamientos son: "amar á Dios sobre todas las cosas y á tu prójimo como á ti mismo;" no permanecer jamás inactivo; sino por el contrario, trabajar á todas horas y por todos los medios que nos sean posibles, por nuestro progreso moral, material ó intelectual, que es el de nuestros hermanos.



Religión.

Qué ha llegado á ser, en nuestros días, la religión para la mayoría de las mujeres?

Algo así como un pasatiempo: así como un capricho, ó un pretexto para llevar á cabo muchas cosas, que, por sabidas, no hay que decir las.

Profundicemos el corazón de la mujer y veremos que, lo mismo la fanática que la escéptica, dudan de aquello mismo que dicen creer; y en esos momentos supremos de la vida en que realmente necesita el hombre el auxilio de la religión, porque sin él, ó cae en el escepticismo, ó enloquece, ó extermina su envoltura material; en esos momentos en que nuestros ojos no quisieran mirar por no ver las miserias que nos rodean, y nuestra cabeza no quisiera, por no caer

en el delirio, y nuestro corazón no quisiera latir por no lastimar con la violencia de sus golpes la caja donde permanece oculto; en esos momentos, repito, la mujer, al buscar consuelo y esperanza en sus creencias religiosas, siente frío, y teme profundizar el abismo de su conciencia.

Entonces es imposible que la oración brote de sus labios, á menos que sea hija de la hipocresía; y no es extraño hallar mujeres, que des-pavoridas, anonadadas por algún dolor de esos que dejan vivo el cuerpo, pero matan el corazón, se gocen en el ajeno dolor, se complazcan en emponzoñar la existencia de cuantos seres tocan, ó se arrojan en brazos de la prostitución, buscando en el aturdimiento el lenitivo á sus males.

Y ¡ay de la mujer que al querer llorar dominada por el dolor, sus ojos le niegan el dulce rocío de las lágrimas, porque su corazón empedernido jamás podrá producir las flores del cariño, jamás podrá derramar en el hogar la suave esencia del amor!

Y ¿sabeis por qué en el alma de la mayoría de las mujeres no existe la fe religiosa? Pues es, porque las religiones han matado en ellas la Religión; es, porque acostumbradas á ver con los ojos del cuerpo á los dioses de barro que aquellas han fabricado, no saben buscar con los del alma, al Dios causa de lo creado, á ese Ser desconoci-

do para nosotras; pero que, llámese Dios, ó dé-sele cualquiera de los nombres que las religiones han inventado, el hombre, por más despreocupado que sea, le halla en la mirada del inocente niño, en el latir del corazón, en el bullir del cerebro, en la marcha de los astros en el aroma de la flor, en el murmullo de las olas, en lo infinitamente pequeño.

Por ésto es necesario traer luz al hogar doméstico, traer ciencia á los círculos donde gira la mujer; pues si la ignorancia ha esclavizado al sexo femenino, si ella ha fomentado el culto externo y ha matado ese sentimiento de adoración al Eterno, espontáneo en el corazón, como lo es el amor en sí mismo; la ciencia enseñándonos el por qué de la vida, y la filosofía llevándonos de deducción en deducción hasta el infinito, nos harán comprender que todo en el Orbe tiene su razón de ser, que nada obedece á privilegios, que recogemos hoy, lo que sembramos ayer en la eternidad, como recogeremos mañana en la continuidad de la vida, lo que hagamos hoy á nuestro paso por la Tierra. Y entonces la religión, razonada tomará asiento en el corazón del hombre arrancando de él para siempre los dardos que allí dejaron las religiones.

Entonces la mujer no perderá, como hoy pierde, las mejores horas de su vida en rezos ru-

tinarios, ni en penitencias, que lejos de hacer bien, reportan mal á la sociedad y á la familia, sino que el cielo inmenso será su templo", como dijo el inmortal Victor Hugo.



Carta abierta.

A Agustina Guffain.

ESTIMADA AGUSTINA: haciendo uso de tus propias frases te digo, que, "tu primera carta para mí, vino impregnada de buen fluido", que la segunda, que tengo á la vista, ha despertado en mí un vivo deseo de tratarte de cerca, pues, como ha dicho Amalia Domingo, "en visita todos somos buenos". Sin pretensiones de serlo hoy, me encanta el trato de los seres, sino buenos, en vías de serlo, y por encontrar en tus líneas reflejada la bondad de quien las dictara, es por lo que mi alma ha buscado la tuya.

Dices que "si me place la buena literatura,

tus pobres producciones no llamarán mi atención, pues escribes sólo por el entusiasmo que sientes por la causa espírita", y esas palabras tuyas, Agustina, son el mayor elogio que alguien pudiera hacer de tus composiciones.

Cuando plumas competentes, cual las hay en nuestro país, no esparcen la buena nueva que nos trae el Espiritismo, cuando mujeres ilustradas, conociendo la bondad de esta filosofía, quiza por no singularizarse, no prestan su concurso á esta gran obra de revolución moral é intelectual, que sin duda alguna afecta también al orden material, toda vez que por su solo empuje caen los ídolos, sean de lo que fuesen hechos, no es digna de loa la que, sin dotes literarias y sólo guiada por el sentido común, va abriéndose paso hasta ocupar, cual tú, puesto de honor entre los propagandistas de la nueva escuela?

¡Vengan, vengan a nuestro campo mujeres como tú, de buena voluntad, ya que las ilustradas nos niegan, aquí, su concurso; que en esta escuela se instruye el ignorante, se fortifica el débil, se forman caracteres; y si Arquimides con una palanca no dudaba poder mover el mundo, ten el convencimiento, Agustina, que con media docena de mujeres librepensadoras en toda la extensión de la palabra, mujeres que sepan a la vez ser, ángel de amor y diosa de la justicia, a

mediados del siglo XX, en Puerto Rico, habrá solamente; escuelas en lugar de templos; cátedras en vez de altares; adoración sólo á Dios y por religión, el deber.

¡Adoración he dicho; sí Agustina: pero sin ídolos, sin palabras estudiadas; sólo cumpliendo la Ley del Creador, que es la ley sublime del amor, la cual dice: "Amarás á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á tí mismo," agregando después, "y no harás ídolo ni figura alguna para adorarle".

Adiós Agustina, te estimo y te admiro.
Ponce, Marzo 1° de 1901.





Por la mujer

QUERRIDA Agustina: ruégote reproduzcas en tu periódico el artículo "Oficios femeninos" que en el número 4387 de "La Correspondencia de Puerto Rico" ha visto la luz, suscrito por R. B. Si dicho artículo fuese leído con detención por nuestras jóvenes, contribuiría en parte a que se formasen otro criterio muy distinto del que hoy tienen formado, de su posición y situación social.

¿Qué impulsa a la mujer, no ya de la América Latina, sino del mundo, con poquisimas excepciones, á hacerse admirar en calles, plazas y demás sitios, sino el deseo de agradar a aquel por el cual es mirada, no sólo con indiferencia, sino hasta con desprecio, si no va ataviada con

la moda que el mismo inventó, con de trimento, la mayor parte de las veces, no sólo del pudor de la doncella sino de la salud de la madre de sus hijos?

Si dicho artículo fuese estudiado por nuestras mujeres, querida Agustina, se convencerían de una vez para siempre, de que el hombre al decir en su obsequio frases mentidas de admiración, sólo lo hace como uno de sus muchos pasatiempos, sin pensar que, al degradar el corazón de la mujer, degrada el alma de sus propios hijos.

Es prueba palpable, la raza pobladora de la América Latina, á la cual pertenecemos, por nuestro mal. ¿Qué es el hombre de nuestros días? Es el engendro de esas mujeres, *enamoras de sí mismas* *cual Narciso* y de esos hombres que empujan primero á la joven, para después pisotear á la mujer olvidando que él jamás, jamás se alzará del suelo si los brazos de aquélla no le sirven de apoyo, si no tiene su regazo donde descansar la calenturienta frente.

Verdaderamente que el ocio contribuye en gran manera á que la joven rinda culto á su persona, pero si no hubiera otros móviles, las niñas pobres que lejos de poder en víspera de sus bodas mecerse en la hamaca, tienen ellas con sus labores que proporcionarse la mayor parte de su

canastilla, no podrían pensar en el *tocador* ni en los *coloretes* de que habla el articulista. Lejos de suceder así vemos aquí con desconsuelo, que tanto la pobre que deja giroues de sus pulmones sobre la máquina con que gana el pan cotidiano, como la desocupada hija del opulento capitalista, con raras excepciones, dedican al espejo una gran parte de su vida.

El trabajo es la base de la regeneración social, pero para que la mujer comprenda su misión sobre la tierra, á más del trabajo práctico, necesita pensar; que ella es, sin ó con el hombre, una parte necesaria de y para la sociedad, y por lo tanto, para nada tiene que esperar su aplauso, teniendo para todos sus actos un juez en su razón ilustrada.

A propósito, amiga Agustina, he dejado para lo último el párrafo que á Religión se refiere; porque causa lástima, por no decir risa, oír hablar del fanatismo de la mujer en países como este, donde figuran los sostenedores de las religiones positivas, aun existiendo hoy libertad de culto, los nombres de la mayor parte de los hombres que más brillan lo mismo en el Foro que en la tribuna pública.

Las mujeres de la América Latina, y estrechando más el círculo, las de mi país, están en su mayoría despojadas del fanatismo que impera

en muchos puntos de Europa. Ellas van á las Iglesias porque van ellos á admirarlas, y unos y otras hacen de los Templos, Teatros, en vez de hacer Cátedras, donde unos y otras aprenderán á cumplir sus deberes, antes de formar hogares sobre bases de espuma.

Mujeres de Puerto Rico ¡pensad! es ya tiempo. Por vuestros hijos, por la generación que vamos levantando y que más adelantada que nosotros nos pedirá cuenta de nuestros actos; sustituid el figurín por el libro; el Tocador por el gabinete de trabajo; el Templo de piedra por la Creación.

Y vosotros, hombres de mi país; inspirados poetas, escritores ilustres, Magistrados y Legisladores; no empujéis con vuestros falsos halagos á la mujer al abismo; no oprimáis con vuestras leyes á la mujer de vuestra tierra, por que; "no os alzéis del suelo ni serán hombres vuestros hijos, mientras se nutran en el seno de la mujer fanática, de la mujer ignorante esclava del rutinarismo".



El amor libre.

A mi buen amigo Sr. R. M., en prueba de respeto y cariño.

Las muchas conversaciones que sobre la constitución de la familia ha tenido usted conmigo ó delante de mí con otras personas, han dado origen á este trabajito que no dudo acogerá usted como una prueba de mi sincera amistad.

Amar libremente al ser que con libertad el corazón elige, ¡cabe dicha mayor! ¡He ahí la natural aspiración de toda alma grande, de todo corazón leal, de toda conciencia recta! Mas, ¿es posible llevar á la práctica la mayor parte de las veces ideal tan perfecto, en un mundo donde, como en la tierra, la excepción está tan lejos de la

regla? Sin vacilar me respondo á mí misma: no.

Cuando un hombre honrado (y al hablar del hombre incluyo á la mujer) busca su ideal, casi nunca puede hallarlo, á causa del velo con que la hipócrita sociedad exige al hombre envuelva sus acciones, y de ahí que ni con una luz, como vulgarmente se dice, encuentra el hombre al ser que sueña y busca, y no pudiendo leer en su alma, cual en abierto libro, ¿puede prender allí el amor libre? no; el amor libre es el de dos seres que al acercarse se atraen como por causa invisible, y al contemplarse, como que se completan, refundiéndose en un solo molde sus aspiraciones y, entonces, ¿para qué y por qué hacen falta testigos y tribunales para justificar su unión, templos ni altares para santificarla, si el sacerdote es Dios mismo, que al poner en el alma la chispa divina del amor, puso en la mente del ser la intuición de caminar en busca de la otra mitad de su yo, intuición que en todas las especies se revela por el instinto, y á impulsos del cual entonces el ave sus endechas más suaves, inclinan los árboles su cúpula, las flores abren su corola y hasta las fieras se sienten alma por el instinto que las impreme el amor?

Pero, puede prender el amor libre en corazonces que al tocar á sus más delicadas fibras, lejos de "abrir la compuerta" al parecer "cierran

la puerta" por temor de sufrir la invasión de esa generosa ola que, al extenderse en nuestro yo, no deja sitio al egoísmo, al orgullo y demás bastardas pasiones que tienen su origen en el endurecimiento del corazón por falta de cultivar en él los delicados sentimientos que la naturaleza ha puesto en cada ser como divina chispa?

No puede prender, no; y de ahí que algunos vayan por el mundo como Diógenes, sin hallar lo que buscan y que no pocos seres caigan en el ecepticismo.

Pues bien, si el amor convencional es lo corriente y sabido está que el convencionalismo no perdona medios, ¿puede la familia constituirse libremente sobre bases tan inseguras? nó; ¿qué sería del porvenir de los hijos nacidos en tan dudosas condiciones? dudoso sería en verdad y si los hijos bastardos han sido el azote de algunas familias, aquellos hijos no serían más, aventajados en su suerte, tanto en el hogar como en el mundo.

Por tanto, en mi concepto la libre constitución del hogar por el amor libre como usted lo sueña, amigo mío, será un hecho un día, como lo creo sea ya en algunas aldeas ó comarcas apartadas del gran mundo; cuando los hombres menos refinados en sus costumbres sean más sinceros en sus actos, cuando habiendo más mora-

lidad se le conceda á la mujer los naturales derechos que tienen los irracionales de querer ó no al hombre que el instinto la aconseje, no al que se le cuadre delante como perdona-vidas que dice, te hundiré moralmente si no haces lo que deseo, y entonces, descansando en sólidas morales bases el hogar doméstico, siu existir el lazo del matrimonio social, será lazo indisoluble que no romperá ni aun la muerte: mas, mientras la moral cunda para que tales tiempos lleguen, mientras cualquier libertino tenga el derecho de subir á cualquier hogar honrado y con su brillo deslumbrar á la inocente casta doncella para que sea mañana la befa de la sociedad, mientras él es Tenorio aplaudido; mientras los ladrones de levita vayan por el mundo dando puntapiés á los *nechos honrados*; mientras la excepción no pueda ser la regla y la regla sea que lo que brille deslumbre á lo que no alardee de tener tornasoles que alumbren; mientras la ley no sea la justicia, y la justicia se la cubra con el manto negro de la hipocresía; yo, humilde entre las humildes, aconsejaré á la mujer cualquiera que sea, que constituya su hogar sobre las bases de amor santo que emana de la naturaleza sin otro interés que el mútuo afecto y el natural deseo de alcanzar la felicidad de verse reproducida en esos pedazos de nuestro ser que llamamos hijos;

mas advertiré siempre á la viña inexperta como á la dama sociable, que es preferible ser, la esposa de un carbonero que la querida de un potentado.

¡Dichosos los hombres que como usted saben hacer de la justicia ley, respetando y haciendo respetar los derechos legítimos que manan de la familia constituida por el amor libre! ¡Félices seres aquellos que saben amarse y respetarse sin más fuerza de ley que la fuerza moral!

Ponce, Enero de 1908.





Nuestras costumbres.

IV.

Qué buena hembra!... Cualquiera de los muchos, no nativos, que van á diario por las calles de la bella Ciudad del Sud, al oír salir de un grupo de señores que formaban tertulia en una esquina algo céntrica y de boca de uno de nuestros más notables y populares médicos, tales frases, creerían con motivo fundado, hoy que tanto se mueve para traer á este país la higiene; creería, repito, que trataba de alguna de las muchas vacas lecheras que dan el rico líquido á domicilio en esta población.

Pero ¡ca! el elogio iba dirigido á una señorita, muy bien parecida, joven y simpática, que cruzaba la calle en ese momento.

Ni por su porte, ni por sus modales, indicase de esa clase que aquí se exhibe; como mercancía ambulante; además, iba acompañada de otra señora de conocida reputación.

Era sí, una joven desconocida, para aquel grupo de señores, de título y de *respeto*; pero la cultura y la moral no dan reglas para tratar cual se debe á una joven, sea cual fuere su nombre, posición ú origen? Tal se escribe en los libros de enseñanza; pero en mi país, en calles y plazas, se regala á la mujer el oído aun cuando sea niña de escuela, con esas y otras frases de sentido vedado para la juventud.

Y ¿por quién? No hay que preguntarlo: mirad el porte de los galanteadores, por él conoceréis que, no son las más de las veces, braceros, los que así se presentan vestidos.

Son pues, casi siempre, hombres que se dicen educados y á veces padres de familia.

Se ha hablado y escrito aquí mucho sobre la prostitución, se han puesto en práctica leyes para comprimir á las mujeres perdidas, pero todavía que yo sepa, ninguna ha curado el mal; y es natural que así sea, si se castiga sólo á ellas, sin pararse á examinar quién prostituyó á quién.

En todas partes se dice que aquí en esta Ciudad se pierden las jóvenes, anulándose sus mejores aptitudes. Todo eso es cierto; las fa-

milias á veces se han escandalizado, la Ley se ha impuesto, pero, ¿se han ocupado de impedir que caigan al fango las niñas que á diario caen? no: "ellas que se salven solas, que no se dejen caer". Esto dirán los que del asunto se ocupan, "lo que nos importa son nuestros hijos".

Pero señores ¿y dónde está el sentido común? No comprenden esos padres, que pese á quien pese y aunque se trate de ocultarlo, aquellas niñas que caen, llevan en sí, material y moralmente los gérmenes de la maternidad?

¿No comprenden esos padres, que el virus que sus hijos recogen en los lupanares, moral y materialmente contagia á la familia ya formada aniquilando á la vez á la que está por constituirse?

¡Oh! injusticias de las leyes. Siempre es una mujer la culpable cuando se ventilan asuntos relacionados con la honra; pero, ¡oh justicia que reflejas en todo lo creado!

La mancha de fango que cae sobre la mujer, y que aquí jamás se lava, va pasando de generación en generación, sin que logren extirparla, ni las religiones ni la ciencia médica.

Nunca como en este caso está tan bien aplicado aquel dicho de que, en el pecado se lleva la penitencia. Vosotros, ó bien empujais á la mujer ó veis con indiferencia su caída, más ella,

á veces inconsciente y otras con conocimiento de causa, os lleva siempre con ella; que por algo hizo Dios que, el hombre y la mujer fuesen dos mitades, que sólo unidas forman el todo completo, para el mal ó para el bien.

¡Nuestras costumbres! . . . ¡Ah! . . . Los extranjeros deben considerarlas salvajes; porque, abrir colegios para llevar allí á la mujer á formarse como la necesita hoy el hombre, instruída en todos los ramos, apta para comprenderle y ayudarle en sus más complicadas empresas, para después, al salir de allí, aquellos mismos que escribieron en el libro, "trabajo y adelanto", como único goce legítimo en la vida de los seres racionales, ofrecerla con descaro, la copa del ilícito placer ¿qué otro nombre merece si no el de salvajismo?

Mujeres, oid: hay un solo camino para nuestra regeneración: EL BIEN.

Empleemos para hacerlo todos nuestros bríos, y no preguntemos á nadie qué es el bien.

Fijémonos en la Naturaleza, ella es nuestra maestra; imitémosla.

Cual ella, trabajemos siempre, á todas horas; cual ella, hagamos el bien procomunal, y como ella tendremos renovaciones continuas, que cual á ella, nos traerán siempre, después del rudo invierno, la hermosa Primavera.

¡Mujeres de Puerto Rico; hermanas queridas! dejemos á los hombres de nuestro país que quieran seguir costumbres rutinarias á un lado, y marchemos en línea recta á los Centros de estudio y de trabajo, que hoy por fortuna se alzan donde quiera en nuestro suelo; y llevando el bien por lema, prefiramos ser sacerdotisas en el hogar doméstico, antes que doctoras en el saber, aún que tal título adquiramos en los torneos de la inteligencia, pues hoy por hoy, lo que más necesita nuestro país son madres de familia, toda vez que las costumbres que hasta ahora soportamos, hacen que sobren mujeres.





La pena de muerte

Donde impera el amor todas las
leyes sobran.

Victor Hugo.

El amor, señores, es el resorte mágico, el talismán desconocido para muchos, y único para todos, llegar á ese grado de adelanto en que pasando por encima de preocupaciones, ne-
cias de razas y castas y títulos y categorías, vea cada hombre, en su semejante, un hermano, y no quiera para los demás lo que no quiera pa-
ra sí.

La ley de amor, de vida y de progreso, no destruye, evoluciona: la Justicia Divina por me-
dio de la expiación, regenera, pero no mata án-
mas, y las leyes humanas que dicen apoyarse en

la Justicia Divina, en principios morales y religiosos, olvidan el Decálogo que nos ordena, "no matarás", y matan con el refuamamiento de discutir la muerte mejor, la hora más adecuada, el día más á propósito, ¿para qué? para matar ¿á quien? al hermano.

¡Sociedad, sociedad! convéncete de una vez para siempre, que ese hombre, ese desgraciado que infamas y escarneces con la sententia de muerte como castigo de una falta, *es tu hechura; germinan en su ser tus mismos vicios, y fermento de tus detritus fué el que trajo á su cerebro la malhadada idea, la sangrienta tendencia de vengarse; de esa misma sociedad que, al darle vida con el fermento de sus detritus, personificó en él el crimen social, y poniendo en sus manos las armas de todos los vicios, en su pecho el acíbar de todos los venenos, en su boca la hiel de todos los desengaños, puso también por irrisión delante de su nublada vista un cartel que, en nombre de la Religión y de la Ley, ordenaba NO MATAR.*

¡No matar! Llevar á la conciencia del individuo la convicción íntima de que al mal se antepone el bien, convencer al hombre por el razonamiento lógico y el principio de la moral cristiana de que al herir á la sociedad se hiere

á sí mismo, hacer á los seres encarnados levantar la mirada más allá, más allá, . . . y encontrar la justicia en la compensación; esa es la misión de los que marchando á la cabeza de la civilización, hacen leyes y dictan sentencias, *leyes que perdonan herir en muchas ocasiones y sentencias que en otras no dan lugar á perdonar.*

¡El perdón! ¡Oh, amigos míos! Dijo Jesús "el que esté sin pecado que arroje la primera piedra", y ¿cuál de nosotros, reos todos de invisibles delitos, tendrá derecho moral para apedrear á su hermano?

¡Despierta, Sociedad! ¡Magistrados poned la mano en vuestra conciencia, y donde ayer escribisteis, MUERTE, escribid hoy, REGENERACIÓN, y con la bandera blanca por divisa, mostrad á los pueblos los nuevos derroteros que las evoluciones del progreso marcan al hombre en el porvenir.

Haced luz en el fondo de las conciencias; abrid paso franco á la civilización; escribid en los Códigos la ley de amor; basad la ley en la Justicia Divina, en una palabra, *levantad el espíritu señores, Magistrados, que, si impera el amor, todas las leyes sobran.*





El deber de los padres

SER padres, poder transmitir á los seres que toman vida en nuestra vida, nuestras aspiraciones, nuestras creencias, nuestras virtudes, nuestros conocimientos, nuestros amores; ensueño es éste que acariciado por la juventud, toma forma en la edad viril y viene á ser en la vejez, realidad ó pesadilla, según hayamos cumplido ó no la misión que nos impone tan sacratísimo deber.

Dar vida á un sér, es materialmente considerado, el efecto natural de un placer que no siempre viene á ser satisfacción ni aun para los sentidos; dar vida á un ser visto bajo el prisma de la vida eterna, de la obligación que tenemos de laborar en el taller inmenso donde hay es-

pacio siempre para ejercitar nuestras energías, es el acto por el cual, puede un espíritu dar un paso gigante por el camino del progreso, como también cual otro Prometeo, atarse al poste con pesado grillete, para romper el cual quizá necesite siglos y siglos.

Por eso, padres, por eso, juventud, no camines más ciega, por los floridos senderos que el placer extiende ante tu vista.

La vida del hombre tiene un objeto en cada existencia, reflejar en sus obras el fruto de sus afanes, que tratándose de la obra que más acabada debe salir de sus manos, los hijos, debe ser reflejo de virtudes sin límites, de conocimientos sin tasa, de aspiraciones eternas.

¡Ser padres! Por el hecho de serlo la fiera se domestica, las aves voladoras detienen su carrera y el hombre, por el hecho de reflejar en sus hijos, no el cieno de las pasiones humanas, como generalmente sucede, sino el perfume de aquella chispa divina que en sagrado vaso, puso Dios en el corazón de todos los seres para con ella producir todo lo que eleve, todo lo que aspire á Él á su Creador, no puede detener el ímpetu de sus apetitos groseros, de sus bastardas pasiones á fin de llevar al tálamo nupcial no la pasional idea de formar cuerpos sino la santa aspiración de levantar almas?

El hombre en la cuna se va preparando para la paternidad, y ¡ay! de aquél que en la vida careció del hogar y del afecto de los padres!

Esos son los candidatos al crimen, esos son los leprosos de la sociedad; frutos podridos de enfermos senos, cuyas miasmas producen por donde quiera desolación y muerte.

¡Pobres seres los que ven la luz sin hogar!

Las leyes humanas al legalizar la unión del hombre y la mujer por el matrimonio, han tratado de evitar tamaños males, pero el remedio es, si cabe, peor que la enfermedad, y hoy por hoy, el matrimonio legalizado ha venido á ser en el mundo, un comercio tan asqueroso, en ocasiones, como la trata.

Como resultado natural, el estado natural de desmoralización casi universal.

Pero dejemos aquéllos y caminemos tras el remedio.

A más naturales costumbres, á más sencillos gustos, más sanas aspiraciones y con ellas mejor salud, más clarividencia, más amor divino, en una palabra, menos materia.

Retornemos, pues, á la Naturaleza de cuyo seno material tanto y tanto nos hemos alejado; amemos como ella sin refinamiento, con espontaneidad y partiendo de esos principios, como el ave y la fiera, y el insecto y la planta llenan

su cometido, sin presión de ninguna especie; así nosotros llenaremos nuestra misión sublime de producir moral y materialmente, de ser como ellos por el instinto padres, y reflejando al Padre Celestial, padres por esa chispa divina que El puso en nosotros al darnos la conciencia de *nuestro yo*.

Ponce, 16 de Mayo de 1905.



Sobre la Asamblea

Ha estado bien representada en la Asamblea de Arecibo la mujer espiritista?

Esta es la pregunta que bulle en mi cerebro hace largo rato.

Si y no: había señoras y señoritas de todas clases y categorías, con títulos de esposas y madres de familia, de profesoras, periodistas, literatas, escritoras; pero faltaban, faltaban las poetisas; y al lado de todas las jornaleras, las humildes mujeres del pueblo, que tantas hay que sin los consuelos que la doctrina espírita les ha prestado, serían aún esclavas del fanatismo religioso y de las preocupaciones sociales, que hacen y han hecho siempre nulidades de los pequeños.

Cierto que en la Asamblea espiritista podían contarse muchas mujeres con alma, permitid la expresión, que son precisamente las que pueden llevar la luz al seno del hogar doméstico, pero necesitamos más aun para la propaganda: necesitamos que esas desgraciadas, que se han alzado del suelo porque el Espiritismo, á semejanza de Jesús, ha puesto á su vista mundos no soñados, existencias sin fin, donde el que siembra recoge el fruto, bueno ó malo, según lo ha condicionado, vengan á decir á los incrédulos, ésta fuí ayer y mis hechos muestran lo que soy hoy. Es necesario que nuestras poetisas vengan á mostrarnos sus dulcísimas inspiraciones, para convencer á los que dudan de la grandeza de nuestros ideales, que el Espiritismo despierta el sentimiento, lo exalta y nos lleva en aspiración santa "hacia Dios por el Bien".

Es necesario que nuestras mujeres ilustradas, tengan el valor de cantar las bellezas de nuestra doctrina, y que esas tantas que, con dotes intelectuales, permanecer alejadas por temor al ridículo, digan hoy como López Landrón dijo en un arranque de entusiasmo: "Se necesita un abogado de corazón, ó lo que es lo mismo, que sienta el Espiritismo, pues aquí estoy yo, mandad y obedeceré"; y entonces, cuando formemos la cadena las de arriba y las de abajo, entonces y

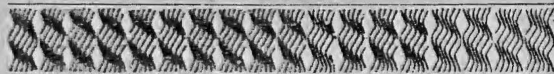
solo entonces podremos conmover los cimientos de esta sociedad positivista, que camina sin ideal, sin brújula, que no tiene devoción por nada, porque no conoce la religión; la religión que ni está en la escuela, ni en la iglesia, ni en el hogar, cuando en unas y en otro dormita el sentimiento; la religión que está en el alma, cuando ésta se eleva y en aureola de luz sube hasta el infinito buscando al Creador.

Mujeres, mujeres espiritistas!, vuestra misión es redimir á los hijos, que aquellas otras mujeres esclavas educaron en las casas de oración con sus propagandas erróneas, porque la mujer, allá y acá, "siempre es madre", pero como he dicho otras veces, siguiendo las huellas de profundos pensadores, jamás el hombre será grande, mientras permanezca en el suelo la mujer.

La quinta asamblea espiritista ha sido un acto importantísimo para la vida del pueblo puertorriqueño, apesar de lo mucho que en ella faltaba, pero esperamos que la 6ª, que se ha de celebrar en Guayama, sea un torneo para las inteligencias, al par que una peregrinación donde mostremos, que la luz espírita dá á nuestras almas paz, justicia y humildad.

Ponce, Abril 1907.





Manchas que limpian

A una niña.

Te ofrecí, dulce niña, algunos artículos de ya por mí publicados en distintos periódicos y sin duda tú creerás me he olvidado de tí.

Pero nó; mi salud quebrantada día tras día es la causa de mi silencio.

Hoy estoy mejor, y al recordar mis amigos en La Pascua, tu faz agraciada viene á mi memoria y te escribo.

¿Qué te diré que sea grato á tus juveniles años? No lo sé; pero sí se me ocurre preguntarte: ¿por qué simpatizaste conmigo siendo yo espiritista?

Los que tal somos, querida niña, vamos por el mundo sin título alguno predicando paz, pi-

diendo justicia, reclamando amor universal, y estos reclamos son para el mundo á la moda, manchas que llevamos encima los espiritistas, y que á veces hacen que los que nos miran á distancia nos miren prevenidos.

Mas estas manchas, querida mía, son, en el concepto de gentes que saben lo que piensan y que piensan lo que dicen, manchas que limpian y que grato es limpiar el vaso por dentro, no por fuera, como lo hacen escribas y fariseos.

Los espiritas, amiguita mía, queremos que la niña se eduque para el hogar, no para el templo; para la Cátedra, no para el confesionario; y sobre todo, que se acostumbre á la futura mujer á oficiar en el hogar doméstico; porque ningún título, óyelo bien, hija mía, ninguno es más valioso á la mujer que el de madre, y la madre espiritista debe ser y será, madre universal.

Los espiritistas, querida mía, hacemos á la mujer libre, mas no con la libertad que ahoga, sino con la que redime; trabajamos porque la mujer sea sabia; pero no con la sabiduría que mata el alma, sino con la que la eleva; luchamos por sembrar el Espiritismo en el corazón de la mujer, porque si tal lográramos, sería un hecho la moral pública, porque habrían tantas madres cuantas hoy presumen de ramerías y la prostitución caería por su propio peso, porque cada mu-

jer redimida sería partícula de oro que cegaría el lupanar.

Mas, perdona, hija mía, si mi pluma ha corrido veloz y nada he escrito que te ilusione, siendo así que estás en la Primavera de la vida.

¡La ilusión! ¡el amor! primero de la amante hija, después de la fiel esposa, y mas tarde de dulce madre; ¡ideal de la vida! ¡broche delicado con que cierra su historia la mujer cristianna, la que ama á Dios y quiere ser su enviada sobre la tierra!

Ama, pues, á tus padres, respétalos y ayúdales y no busques jamás dicha en nada que la razón ilustrada y el corazón amante rechace con temor.

¡Qué seas más buena de alma que dichosa! es lo que para tí anhelo.

Ponce, Diciembre de 1907.





Noche Buena.

RECORDAR "Noche Buena" sin que en nuestra mente se enlacen los nombres benditos de Jesús, de nuestros padres y de nuestro hogar, no es posible, porque en todos los pueblos en que la civilización ha impreso su huella, la epopeya de la vida de Jesús y del alumbramiento feliz de aquella mujer que, aún desprovista de la aureola de virgen y santa, aparece á nuestros ojos dos veces grande, como madre y como mártir, no puede palidecer como palidece en la mente del niño la leyenda más ó menos lógica con que cuidadosa madre atraía el sueño á sus ojos en las noches de su infancia: nó; el portal de Belén, el buey y la mula, los tres reyes magos y los cánticos con que en nuestra infancia hemos

oído la "Noche Buena" adorar á Jesús, no se borran en la mente del hombre jamás, y por sobre todas las borrascas del alma, y por sobre todas las controversias religiosas que ahogan á veces en el alma la Religión, y por encima de las conquistas científicas que aturden á ocasiones al hombre haciéndolo creerse Dios, surge la imagen de aquel niño, humilde en su origen y grande en su obra de regeneración, ante cuya figura nos inclinamos de pequeños para cantarle, de hombres para fortificarnos en su ejemplo de abnegación sin límites, historia única en la tradición, con que nuestras madres encaminaban nuestras almas por el sendero del deber, al Trono de Dios.

¡Jesús! ¡Jesús! Tu nombre jamás se borrará del corazón del hombre, aunque los siglos nos alejen de la época de tu vida, porque él va unido al de la madre piadosa que al mostrarnos *el cielo* como morada del Creador, nos mostró tu imagen como modelo acabado de sumisión al Padre Celestial y de amor á El, en los últimos como en los más grandes detalles de su inmensa obra.

En el oleaje de las pasiones humanas la fe sucumbe, pero cuando al parecer nada nos queda, cuando pensamos morir sin creencias, recordamos el beso de la madre amantísima, vemos sus lágrimas regando tu imagen en las horas

amargas de la vida, viene á nuestra mente su abnegación, sus sacrificios sin cuento por sus hijos y, ya no dudamos, no; ya no dudamos que tú fuiste, eres y serás á través de los siglos, *filosófica página* en la que el hombre jamás ha de acabar de estudiar.

Huyamos de la idolatría; no profanemos el recuerdo de Jesús con fiestas opuestas por su carácter al simbólico cuadro que representa á nuestra vista la conmemoración de la NOCHE BUENA, pero enseñemos á nuestros hijos á amarle y respetarle, como á la figura más grande que han contemplado los siglos, por su amor sin límites á la humanidad, y practicando obras buenas en su nombre nos acercaremos á él en esta NOCHE BUENA.

Ponce, 1905.





LO QUE QUISIERA HABER SIDO.

A Justina Román de Rodríguez.

Navidad será siempre la fiesta de recordación grata para el hombre cristiano.

Jesús siempre es en su corazón; y así como en las tormentas humanas es luz que nos guía a seguro puerto, en los días en que el corazón rebosa de entusiasmo como en La Pasena, su amor nos lleva a derramar en las otras almas paz y bienandanza, luz y armonía.

CUÁNTAS veces en nuestros momentos de profunda meditación cuando el alma parece que se abisma, buscando en la noche de los siglos lo que habrá sido y deseando hilar lo mejor la tela de su actual envoltura, se nos ocurre la idea de lo que quisiéramos actualmente haber sido!

Pensamientos son estos que sin poderlo evi-

tar cruzan por la mente de todos los mortales, pues como bien se ha dicho, está en la condición humana el aspirar siempre á algo que no tenemos á nuestro alcance, y cuyo anhelo nos impele á ir más allá, más allá....; y si cada cual escribiera lo que quisiera haber sido, se vería que muy pocos quisieran ser lo que en la actualidad son, pero sin más disertaciones, voy á decirte, Justina querida, lo que quisiera haber sido.

Vivir en una hourada mediaña en una comarca fértil y un poco apartada del gran mundo donde la piedad cristiana fertilizara los corazones, levantar allí una familia numerosa repartiendo mi tiempo entre el trabajo ya rudo de los campos, ya pausado del hogar, ora en el estudio ó en la labor recreativa y útil, atraer por afinidad á los corazones amantes de la luz y vivir para las otras vidas, en una palabra, luchar todas las horas y llegar á las postreras teniendo hijos que amantes lloraran mi ausencia como Lamartine lloró la de su incomparable madre, ¡he ahí, amiga mía, lo que en esta existencia hubiera deseado ser tu hermana en creencias.

Ponce, 1907.



Hacia Dios por Cristo.

Esto dicen los Protestantes, y nosotros respetamos todas las Escuelas, porque somos protestantes de todas las épocas, protestantes de todo lo que simbolice oscurantismo ó autocracia; sin pretender refutarlos, decimos: hacia Dios por Cristo, pero no por la sola personalidad del Cristo clavado en la cruz y coronado de espinas, (el cual además de ser para nosotros la figura más simpática que nos recuerdan los siglos, es el ejemplo más vivo, el cuadro más acabado de abnegación y amor) sino por lo que Jesucristo simboliza para las humanidades: "El Bien personificado", si cupiera la figura.

Por esto decimos y diremos, apesar de nuestro amor al Maestro, "hacia Dios por el bien" y

aquellos que por su ignorancia no conozcan á Cristo pero que aman el bien simbolizado en cualquier forma, con Cristo están, porque Él es en el corazón, no de los grandes, sino de los limpios. ¡Jesús! tú que en tu época derramastes sobre la humanidad raudales de luz, torrentes de amor, y que has dicho "pedid y se os dará" y que jamás dejas sin respuesta el llamamiento del que á tí acude; ven á nosotros, ¡Jesús!, necesitamos ejemplos de vivo amor para alzar el espíritu hacia El Padre; porque, ya por nuestra condición material ó por nuestro atraso espiritual, es lo cierto que jamás nos saciamos de los gozos terrenos y que la sed del espíritu queremos apagarla en la copa del deleite.

¡Jesús, Jesús, y elevados espíritus que contigo laboran en el Eter, venid; y en recuerdo de tu memorable paso por la tierra ven entre nosotros en estos días, con el fin de inclinarnos á subir, Hacia Dios por el Bien!

Ponce, Diciembre 24, 1906.



Mi humilde opinión.

Si los fines que la Doctrina Espírita persigue son, despertar la conciencia dormida por el abuso de las religiones para que cada cual sea responsable de sus hechos, siendo dueño de su albedrío; si á medida que el hombre se adueña de su Yo se destia, cual el niño, de los andadores que sirvieron de guía á sus inseguros pasos; si á proporción del adelanto de su espíritu son los lazos que, cual al feto al seno materno, unen al hombre á su creador; si las enseñanzas de Jesús son verdades inconcusas y el progreso de nuestro planeta no es un mito, lejos de edificar los espiritistas nuevas casas de oración, su tendencia ha de ser, educar al hombre dentro del credo

espírita, de modo tal que, su condición mejore hasta poder hacer de las casas de oración ya formadas, Centros donde la Ética sea el estudio que las masas populares allí hagan, y entonces, sin que nadie enseñe oraciones á los pueblos, ellos sabrán orar, y su oración será, la aspiración al bien... al bien sin límites, cuya fuente es el Creador; y si estos pensamientos míos no son utopías, el Espiritismo no podrá llegar á ser jamás una de tantas religiones positivas, él será, *La Religión, el lazo flúidico perfectible entre la criatura y su Hacedor.*

Yo de mí sé decir, hermano mío, que cuando más se abrasa mi alma en sacro fuego, es cuando "DIOS OFICIA Y ELEVA LA HOSTIA, EN EL ALTAR DE LA NATURALFEZ".

Ponce, Marzo de 1906.



LA ÚLTIMA PAGINA DE MI LIBRO.

A mis hermanos los hijos del pueblo. (1)

Al dedicar esta hoja de mi modesto libro al pueblo, he querido comprender en dicha frase á los dos sexos, pues en mi concepto, la mujer es la mitad legítima del hombre, y como tal, la partícipe de todas sus impresiones.

¡Cuánto quisiera decirte, pueblo rico, pueblo mío, en este desahogo de mi espíritu!

Quisiera tener la lucidez del gran Víctor Hugo, la elocuencia del insigne Castelar, para decirte en lenguaje clarísimo, indicándote de una manera precisa y determinada, todo lo que te es perjudicial y todo lo que te llevaría á conquistar la gloria; pero ¡ah! carezco de esas bellas formas que adornan á esas dos figuras citadas, y en mi

(1) Escrito bajo las impresiones de las dos últimas veladas á que he asistido á los "Centros de Artesanos y Obreros" de esta ciudad, Ponce.

lenguaje tosco, sólo hallarás la verdad, amarga á veces, y por lo tanto, sólo adornada de bellos conceptos podría ser agradable á tus ojos.

Mas no, pueblo querido; la verdad, aunque amarga, es necesaria y ¡ay de los pueblos que se dejan alucinar con dulces mentiras, y se duermen tranquilos al arrullo de falsas promesas y dudosas esperanzas; porque el día de su despertar, de su triste despertar, será día de amargas lamentaciones y de arrepentimientos tardíos! Tardíos, si, pues el tiempo perdido pesa sobre el corazón del hombre que despierta á la vida activa, como loza de pesado plomo.

Por eso tú, pueblo riquísimo, no debes, no, dejarte mecer por más tiempo en brazos del dulce *no hacer nada*, que ha hecho exclamar á alguien, que en Puerto Rico todo se puede hacer impunemente. No; no fies tu causa á manos mercenarias, que por un puñado de oro, lo mismo conducen los pueblos á escalar la gloria que á hundirse en el abismo. Ilústrate y si trabajas para tí mismo, en el porvenir podrás, como todos los pueblos ilustrados, ser libre en todos sentidos, porque como ya otros han dicho, *los pueblos ilustrados y unidos no pueden ser esclavos*.

Basta ya de bailes y juegos, de pasatiempos inútiles: para conquistar los derechos que legi-

timamente pertenecen al hombre y que no puede arrebatarse ningún hombre legalmente, es necesario estar poseído del valor de esos mismos derechos. Y sabeis como aprende el hombre á conocerlos y á respetarlos eternamente? Llenando debidamente sus deberes para lo cual es de toda necesidad el estudio. Estudiar; pues si es verdad que la lectura distrae el ánimo, y siendo de buenos autores siempre algo bueno nos deja, también es cierto que, aquel que se acostumbra á leer sólo por distracción, jamás fijará la atención en esos volúmenes, que nos guardan, cual vaso sagrado, los pensamientos más profundos de aquellos que fueron antes que nosotros y que para nosotros trabajaron, no parará su atención en esas cuestiones sociales que con tanta calma necesitan ser miradas, pues ellas deciden en muchas ocasiones la suerte de los pueblos; sino que como la mariposa, irá buscando el lenguaje más florido y la ilusión más alagüeña, aunque sea vacío el fondo. El estudio; él es ángel salvador de los pueblos, el estudio de todo, lo mismo de lo material que de lo espiritual, lo mismo de lo que allá á lo lejos vislumbramos, que de aquello que nos rodea.

Desconfía pueblo querido, de aquellos hombres que gritan sin cesar la palabra *libertad* profiriendo á la vez sus labios maldiciones para los

opresores. Desconfía de ellos, sí; pues la libertad, ese faro hermoso que en un día del porvenir, que quizá aún esté distante para nosotros, pero que ha de llegar irremisiblemente, como llegan todas las cosas terrenales por la fuerza de las leyes divinas, es, luz brillantísima que penetra hasta en lo más recóndito del alma, sublimizando nuestras ideas; pero para las almas ruines, para los corazones mezquinos, es tea incendiaria que abrasa cuanto toca. Por tanto, antes que ser libre, hay que aprender á ser grande, porque los hombres pequeños son peores que los niños traviesos é inexpertos, á quienes hay que llevar de la mano para evitarles las caídas.

Ilustrándonos y moralizándonos seremos libres y no necesitaremos, jueces que nos juzguen, casas donde nos encarceleu, ni guerras que nos den por la fuerza lo que podemos conseguir por la razón; sinóque, como ha dicho una poetiza española,

“entre tanta gente honrada
la pluma será la espada
y en vez de guerra habrá paz.”

Día de ventura será para la bella Borinquen, aquél en que sus hijos, elevándonos por el trabajo y el estudio, podamos decir con el poeta, “dónde impera el amor, todas las leyes sobran”.

1890.

Índice.

	<u>Página.</u>
Á LOS QUE ME LEAN	5
HONOR Á QUIEN HONOR MERECE	7
LOOR AL LIBRE-PENSAMIENTO	9
SED DE INFINITO	17
QUÉ VIENE Á SER EL ESPIRITISMO	23
LA MUJER	25
ALGO MÁS SOBRE LA MUJER	29
EDUCAR EL VALOR MORAL	33
CARIDAD	41
LA OBRA DE KARDEC	45
EL MISTICISMO Y LA MEDIUMNIDAD	49
NUESTRAS COSTUMBRES 1º	55
Á SOLAS	61
NUESTRAS COSTUMBRES 2º	65
IMPRESIONES	69
Á AMALIA	75
Á RICARDO RODRÍGUEZ	79

ADELANTARSE A SU ÉPOCA	85
NUESTRAS COSTUMBRES 3º	93
CÓMO ENTIENDO YO EL ESPIRITISMO	99
RELIGIÓN	105
CARTA ABIERTA	109
POR LA MUJER	113
EL AMOR LIBRE	117
NUESTRAS COSTUMBRES 4º	123
LA PENA DE MUERTE	129
EL DEBER DE LOS PADRES	133
SOBRE LA ASAMBLEA	137
MANCHAS QUE LIMPIAN	141
NOCHE BUENA	145
LO QUE QUISIERA HABER SIDO	149
HACIA DIOS POR CRISTO	151
MI HUMILDE OPINIÓN	153
LA ÚLTIMA PÁGINA DE MI LIBRO	155

